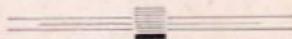


# UNIDAD

Organo de la Oficina Interamericana de Educación

Número dedicado a la memoria  
del ciudadano modelo Dr. don  
RICARDO MORENO CAÑAS



SAN JOSE, COSTA RICA

1944

# UNIDAD

Órgano de la Oficina Interamericana de Educación

AÑO I

SAN JOSE, COSTA RICA, AGOSTO 23

NUMERO 2

*Ricardo  
Moreno  
Cañas*



*Dr. Moreno Cañas*

*Este hombre quiso  
hacer de la política  
una profesión lim-  
pia y honesta y su  
índice maravilloso  
señaló el camino.*

# Unidad Signo de los Tiempos

Esta revista se publicó por primera vez el quince de julio de 1943, por iniciativa de mi colega y amigo, el Profesor don Viriato Camacho, uno de los jóvenes de más valor de la generación presente.

La solidaridad de América debe hacerse cada día más intensa, y como para que los pueblos se amen es necesario que se conozcan, sentimos que por un mandato categórico de la conciencia, debemos hacer conocer los valores auténticos de Costa Rica.

Unidad presenta hoy a un costarricense de singular mérito. Hizo su cultura en Francia y puso su corazón al ritmo con el dolor de las clases menospreciadas, de las mujeres humildes y sufridas, y de los hombres que estuvieron al servicio de las causas nobles.

Su voz se alzó ante todo lo injusto, y sus manos sirvieron para aliviar el dolor de todos aquellos al alcance de su radio de acción.

Este gran hombre fué: Ricardo Moreno Cañas.

## RICARDO MORENO CAÑAS

Al pronunciar este nombre sentimos un estremecimiento casi religioso. Para saber cuándo valía este caballero y lo que significó para Costa Rica, es necesario que los lectores de "Unidad", nacidos fuera de San José, se trasladen con la imaginación a la Capital y contemplen el espectáculo de una ciudad súbitamente enlutada.

La muerte de un varón ilustre conmovió los cimientos de la República despreocupada y tranquila, y desde el último rincón llegaron gentes a la capital por vía aérea, a pie, en camión, o en automóvil.

El pueblo en masa se trasladó a la ciudad de San José para acompañar al cementerio los restos de un hombre cuya existencia fué tronchada por una mano artera.

Si el Presidente de la República hubiera sido el muerto, es posible que la emoción del pueblo costarricense, que lo llevó al poder por una gran mayoría de votos, se habría manifestado en muchas formas; pero jamás en la espontánea y desinteresada en que se manifestó, al anunciar la radio la desconcertante noticia de la desaparición del hombre más querido, más discutido y más envidiado del país.

A pesar de lo mucho que valía, de la gran obra que realizó y de su talento claro, él fué un accidente en la vida de Costa Rica, como lo son todos los seres humanos aunque lleguen a los grados más altos de la evolución. Como lo han sido en el transcurso de los tiempos y de las diferentes civilizaciones Reyes y Emperadores, Generales y Comandantes, Filósofos y Poetas, Científicos y Estadistas.

Los principios que los hombres han defendido son los eternos, y por ellos, por su raigambre, por su trascendencia, es que vale la pena escribir una biografía.

El que Ricardo hubiera nacido en San José o en El Guanacaste, sin duda alguna habría tenido cierta importancia, porque los factores clima, latitud, altura, etc., influyen en las vidas, pero son los hechos los que hacen que los pueblos quieran o malquieran a un hombre.

La gente quería tanto a Ricardo Moreno Cañas, que al saber su

muerte, el corazón impulsó al jornalero a dejar su machete; al boyero a desengugar sus bueyes y a dejar la carreta policromada en el viejo corredor; al maestro a transformar la lección, al abogado a darle tregua al litigio pendiente, y al negociante, a hacer un paréntesis en su vida comercial para considerar la pérdida que había tenido Costa Rica.

El trabajo se paralizó en todas partes. El silencio reinó. Por las mejillas de las mujeres rodaron las lágrimas y por un instante, la mayoría de los hombres permaneció de pie, inmóvil, en la actitud del que ora.

Desaparecía del escenario de la República, en momentos difíciles, y cuando las instituciones democráticas reclamaban su presencia, un hombre, que en la Cámara Legislativa había hecho luz en la conciencia de los representantes del pueblo. Enmudecía el que había hecho imprecaciones y discursos vehementes siempre que alguien trataba de menoscabar los intereses de la cultura.

Moreno Cañas no pudo endurecerse nunca, a pesar de haber tenido en sus manos centenares de hombres mutilados en la guerra de 1914; de amputar brazos y piernas de seres en la plenitud de su vida, y presenciar los últimos instantes de aquéllos, a quienes no pudo salvar. Nunca se familiarizó con el dolor. Sus ojos se nublaron al recoger en el estetoscopio la última palpitación de la vida y sus labios sonrieron siempre con la madre orgullosa, a quien pudo ponerle entre los brazos la dulce responsabilidad de un niño recién nacido. Era como una sensitiva y sin embargo, de una recia contextura moral, la cual le permitía esgrimir el látigo contra los traficantes de la conciencia humana. Acusó a los que defraudaron la fe del pueblo, y en la Cámara Legislativa, asumió la responsabilidad de cada uno de sus actos y respaldó con hechos, y con documentos, todos los cargos que hizo. Se distinguió entre sus compañeros en el Congreso porque defendió con su verbo candente los intereses de los trabajadores en el contrato del Gobierno con la United Fruit Company. Fué él quien se opuso rotundamente a que los contratos pasaran sin reformas. Creía en la justicia y por ella estaba listo a jugarse la vida en cualquier momento. Esto le trajo más de un enemigo y su vida estuvo seriamente amenazada en muchas ocasiones. Todos sabíamos que Ricardo Moreno Cañas tenía una cita con la muerte en cualquier encrucijada de la vida. No le podían perdonar que defendiera al indefenso y al débil, que levantara su potente voz para recriminar al acaparador, que sometiera a juicio de residencia al empleado público, que haciendo uso de su posición, defraudaba el Fisco, autorizaba negocios oscuros o permitía que los fondos de las instituciones públicas se malversaran. No trató jamás de aparecer como un pontífice, ni como un Catón y cubrió siempre de simpatía las flaquezas humanas; pero fué duro con los que menoscababan la Hacienda Pública. La vida era para él sagrada en todos los terrenos, pero sin entrar en los asuntos de orden personal, ventiló sin miedo los de orden público y supo darle a cada uno lo que era suyo.

Jamás se plegó a lo establecido por el simple hecho de ser una costumbre; pero se ajustó a las normas de conducta que le señalaba su conciencia. Abrió caminos nuevos en todas direcciones y nos dejó el terreno preparado para esparcir la cimiento.

Muchos lo creyeron violento porque no estuvieron cerca de él, en el hospital o en el consultorio para ver cuán suave y dulce era con los pobres. Como buen hidalgo, y de estirpe noble, era gentil con las damas, era licor sedante para los que sufrían y tierno con los niños. Amó la verdad sobre

todas las cosas y la buscó en el microscopio, en el laboratorio, en el campo de experimentación y en el alma humana. Guió a los jóvenes médicos sin sentir envidia por las posibilidades que ante ellos se abrían y tenía por norma de su vida levantar el espíritu de los que a él se acercaban para consultarlo. Era para muchos el camino hacia la perfección científica, y para la mayoría de las gentes, un padre confesor a quien le hablaban no sólo de su enfermedad sino de sus vicios, de sus taras de orden psíquico y de sus debilidades.

Embellació todo lo que sus manos tocaron y como por obra de milagro, transformó la carne purulenta en carne fresca y rosada. Lo ví tratar muchos casos de osteomielitis y me quedé atónita al contemplar la transformación de una pierna descarnada, en una robusta y ágil de un jugador de foot-ball.

Era audaz, casi temerario, y se atrevió a hacer operaciones en las que se jugó su vida y su nombre, así como la de sus pacientes, pero jamás fracasó porque lo guiaba la divina luz de su intuición. Su bisturí era mágico y el Gobierno de la República debía haberlo recogido y tenerlo en un estuche de oro en la Facultad de Medicina del Hospital. Sus manos, que lo manejaban con tanta maestría, eran finas, largas, suaves y delicadas y curaban con el simple contacto, porque eran sencillamente milagrosas. No una, sino muchas de sus pacientes, besaron esas manos en señal de gratitud o de reverencia. Es así como se explica que las hayan conservado en el Hospital San Juan de Dios.

¡Cómo debe haberse estremecido el cuerpo de quien sobre ellas dejó caer el yeso para sacar el molde! ¡Qué temblor de emoción debe haber sacudido el alma del que desempeñó este papel y tuvo entre las suyas las del doctor, cuando todavía estaban tibias y tenían la suavidad que él supo imprimirle a todas las caricias que prodigó a lo largo de su trayectoria luminosa, en su afán de sanar las heridas del cuerpo y las del alma!

En oro quisieron los costarricenses conservarlas siempre; pero el oro jamás significó para él otra cosa que no fuera la manera de acallar el hambre, de cubrir al desnudo y de aliviar al enfermo. La contabilidad no fué nunca la rama de la ciencia que pudiera preocuparle, y era la enfermera, la que tenía que ocuparse de cobrar las cuentas porque él se olvidaba de hacerlo.

El Doctor Moreno Cañas significó tanto para Costa Rica, que así como se han conservado sus manos, debía haberse conservado intacto su consultorio con todo lo que él poseía y haber hecho de eso una reliquia histórica para que las generaciones venideras hubieran podido contemplar el sitio donde aquél hombre hizo sus diagnósticos con acierto divino.

Objeto histórico debía ser también la casa donde nació Ricardo Moreno Cañas y que se encuentra ubicada frente al parque Morazán. Allí debía haber una placa que dijera: "Aquí nació el eminente cirujano Ricardo Moreno Cañas". Entre las frondas del jardín de esa casa, debía levantarse alguno de los monumentos de que tanto se ha hablado y que son todavía un proyecto porque hasta el momento no hay en realidad más que un busto del Doctor en la Escuela Vitalia Madrigal. Allí está, bajo la custodia de las niñas que, generación tras generación, han de aprender a amarlo cuando las que orientan la juventud les cuenten cómo y por qué se puso bajo su custodia aquél hombre ilustre, modelo de ciudadanos y maravilloso en el terreno de la ciencia y de la justicia social.

Fué muy curiosa la forma en que éste buscó, vaciado en yeso, llegó a esa Escuela y como es interesante conocerlo, aquí va el relato:

—Trabajaba yo en la Zona del Canal dando clases de español, y una linda y despejada mañana, cuando llegué a darle la clase a mi discípula, una norñeña graciosa, simpática y joven, de ojos verdes y cabellera rubia, me encontré con que la frescura de la mañana contrastaba con la angustia reflejada en el rostro de mi protagonista. Una pena muy honda había en el plácido semblante de la americana. Bajo la carne rosada y suave, silenciosamente se había ido formando, anudado a la garganta un pequeño tumor, de carácter maligno, que amenazaba la tranquilidad de un hogar hasta entonces muy feliz. La dama era esposa de un médico, quien se había especializado en enfermedades nerviosas. Por tal razón el Gobierno de Panamá lo había puesto a la cabeza de una asilo de locos llamado el Asilo Matías Hernández. La suprasensibilidad del médico, excitada por la visión macabra de casos singularísimos, lo había afectado profundamente y esto dió lugar a un cambio en su personalidad. Se le desarrolló un odio implacable por todo lo feo.

Al contemplar la presencia de un tumor que iba a destruir la obra de arte de la naturaleza que le había dado a su esposa una gracia y un atractivo especial, optó por separarse de ella para no ser testigo ocular del proceso que la enfermedad había de seguir.

A la pena causada por la dolencia, se unía la pena moral de una separación que se transformaba en verdadero desgarramiento. Al enterarme del hecho decidí, ipso facto, tomar cartas en el asunto y aconsejarle a mi discípula proceder al arreglo de un viaje a Costa Rica, para que se sometiera a una intervención quirúrgica que pudiera devolverle la felicidad.

Todo fué decir y hacer. En un santiamén estuvo todo listo y dos días después el Doctor Peña Chavarría se encargaba del metabolismo de la paciente para proceder enseguida a la operación en que había de tomar parte el Doctor Echandi, designado para administrar el éter y el Doctor Moreno Cañas, que había de llevar el bisturí.

Los momentos que precedieron a la operación fueron de gran expectativa porque se trataba de la esposa de un médico y porque dos grandes doctores americanos habían opinado sobre el caso y consideraban la operación de suma trascendencia. Todo se llevó a cabo en un silencio religioso y los que fuimos espectadores nos maravillamos de aquella obra de arte. Dos semanas después, la nivea garganta había vuelto a su estado normal y de la operación complicada sólo quedaba, como recuerdo, una línea casi imperceptible, tan hábilmente hecha en la base del cuello, que podía ocultarse con un collar de perlas finas y menudas.

Pasaron los días y mi discípula resolvió volver a la Zona. Antes de marcharse fuimos al consultorio del doctor para cancelar la cuenta y estrechar aquella mano. Yo me adelanté a mi compañera y la dejé en la antesala mientras conversaba con el doctor para explicarle que era nieta de un hombre, que tenía un crecido número de acciones en la red ferrocarrilera de Pennsylvania, y que se presentaba la oportunidad de que le cobrara, sin contemplaciones de ninguna clase, para que de una vez por todas, se pagara la cuenta pendiente que yo tenía con él, por la cantidad de pobres que le había mandado al Hospital para que operara gratuitamente. Todo me lo oyó de una manera impasible y cuando fui a traer a mi compañera, creyendo que el doctor, en autos de la posición económica de ella, le iba a pedir que le extendiera un cheque por valor de algunos miles, supuse que todo me iba a salir a pedir de boca. Pero cual no sería mi sorpresa cuando oí la respuesta del doctor. Mi compañera le preguntó cuánto le debía y él contestó

sonriendo: "usted no me debe nada, pero yo le debo el haber tenido el privilegio de operar a la esposa de un médico y a la amiga de Corina."

La americana no salía de su asombro. Insistía en pagarle y afirmaba que la ética profesional no abarcaba el campo de la amistad y que con su marido, en lo sucesivo, no tendría lazos que la ataran puesto que estaba planteado un divorcio por incompatibilidad de temperamento. El doctor afirmó que el divorcio estaba simplemente planteado, que podía no llevarse a efecto, y que la ética profesional demandaba la actitud que él había tomado en forma irrevocable. La determinación tomada, era, como todos los actos de su vida, una cosa definitiva, vimos que era inútil insistir y mi amiga, Mrs. Lynch, dijo en tono que revelaba sinceridad: "Doctor, usted merece una estatua."

Yo, a mi vez dije en tono de broma: "yo se la voy a hacer".

Salimos del consultorio a comprar un barril de arcilla y cien libras de yeso. Al día siguiente me metí en el estudio del señor Portuguez con mi barro y mi yeso, unos palillos de modelar y un magno problema a resolver. Días y noches trabajé sin conseguir un resultado satisfactorio. Tenía dentro del alma la imagen, la sentía, quería expresarla fielmente, pero el barro, entre mis manos torpes, se negaba a obedecer las órdenes de mi corazón.

Cuatro meses se mantuvo aquella lucha entre el barro y mis manos y al fin un día cedió la materia, mis manos sintieron el imperativo de una orden que salía de mi propio corazón y me asombré cuando vi que había logrado conseguir la expresión de aquel rostro que era una maravillosa combinación de lo intelectual y de lo sensual. Había logrado darle a la frente la amplitud característica de las mentes en que caben todas las ideas, había conseguido que la nariz apareciera dilatada como cuando un instinto de conseguir algo deseado, ensancha sus ventanillas. Había tenido un éxito, no soñado por mí, al plasmar la boca carnosa y un tanto sensual. Las mandíbulas, por un golpe de mano, habían cobrado la fuerza de los rostros que refleja la firmeza del carácter.

Sin dominio de la técnica, la mano impulsada por el cariño, logró modelar el busto que hoy se encuentra sobre un anaquel de la Dirección de la Escuela Vitalia Madrigal, donde lo guardan, como en los templos guardan la imagen de los santos. Allí está él, entre la alegría de las niñas, cuidándolas y sirviéndoles de ejemplo para que transiten por los caminos del bien, de la hidalguía y de la ciencia. Allí está, lejos de la política que tan mal pago le dió, lejos del bullicio y del odio y envuelto en un ambiente de cariño y de profunda veneración.

¿Cómo llegó el busto a esta Escuela? Es una cosa curiosa que puede interesar a los lectores. Las directoras de las principales escuelas de San José se unieron para hacerle un homenaje al Doctor Moreno Cañas, en una época en que nadie podía soñar que años después, en forma trágica e inexplicable, había de morir en el apogeo de su vida. Cada directora ofreció un número para integrar el programa que había de desarrollarse en el homenaje, a quien gratuitamente había curado a los niños de las escuelas.

Yo era entonces Directora de la Escuela "Italia", y ofrecí donar el busto del Doctor a la Escuela "Vitalia Madrigal" y decir unas pocas palabras antes de descubrir la estatua.

Sabíamos de sobra, que si le decíamos al Doctor, que le íbamos a hacer un homenaje, no conseguiríamos que viniera, porque su modestia era tan grande, que jamás quiso aceptar agazajos de ninguna especie. Tuvimos

que recurrir a una treta, y llamarlo con el pretexto de que una niña del plantel se había enfermado súbitamente, y que por lo tanto, urgía su presencia en aquel lugar.

Acompañado de una enfermera, y con el maletín en la mano llegó a nosotras, absolutamente convencido de que lo necesitábamos para un servicio profesional.

¿Dónde está la niña?, preguntó el Doctor al entrar. La orquesta tocó en ese momento el Himno Nacional, el Doctor detuvo su marcha frente al salón de Actos Públicos y se dió cuenta de que había fiesta en la escuela; pero estaba todavía muy lejos de sospechar que el Himno se había tocado porque se daba principio a un programa que se iba a desarrollar en su honor.

Casi en brazos lo hicimos entrar para que ocupara un sitio de honor entre la multitud congregada en el salón para asistir a aquel acto cívico.

Cuando dos niñas, alumnas de aquella institución, recorrieron el velo para presentar al público el busto del Doctor, su emoción fué visiblemente muy honda, pues él, que tenía facilidad de palabra, que no temió jamás a las multitudes, que había dado conferencias en la Facultad de Medicina, que había sido premiado con medallas de oro y estaba acostumbrado a que las revistas y los periódicos, desde sus columnas, hicieran elogios de su labor, se inmutó de tal manera que apenas si pudo ponerse en pie, hilvanar algunas frases, y agradecer el tributo de admiración y cariño con que se le honraba en aquella ocasión.

Era su infinita modestia, su humildad franciscana, la que se le había hecho un nudo en la garganta y le había impedido hacer el derroche de elocuencia que tenía, a flor de labio, cuando se posesionaba de una idea y ponía el alma entera en una polémica.

El Doctor Moreno Cañas habló muchas veces en el Congreso, en la Facultad de Medicina y en las plazas públicas, pero en el seno de la amistad o cuando se conmovía profundamente por algo, era parco en el decir. Sabía oír, y a todos nos escuchó con cariño cuando nos acercamos a decirle algo en pro o en contra de las ideas que él sustentaba. Era efusivo y su palabra era candente; pero en la intimidad, su verbo se tornaba en remanso de agua clara que se llevaba las penas de todos los que en él se miraban.

Desde muy joven, siendo apenas un niño manifestó su afición a la medicina, y cuentan que le gustaba mucho hacerle operaciones a los animales, especialmente a los perros, por quienes tuvo predilección a lo largo de su vida.

Cuando la muerte lo sorprendió, estaban en su poder dos perros policias que se llamaban "Casán" y "Arnú". Estos fieles compañeros, salían siempre a recibirlo y estaban listos para saludarlo desde el momento en que percibían el sonido de su carro cuando ya se acercaba a la casa. Probablemente él sabía que es mejor fiarse de los perros que de los hombres y por eso los quería tanto. Quizá si Arnú hubiera estado en la casa, cuando el asesino penetró en el recinto sagrado de la familia para ultimarle, el crimen no habría podido consumarse. El perro, jamás hubiera permitido que mataran a su amo en presencia suya.

Otro gran doctor, Alex Munthe, amó también a los perros y escribió un libro que hizo a Carmen Lira, nuestra delicada escritora, establecer un paralelo entre estos dos grandes hombres.

El Doctor Moreno Cañas, como ya lo hemos dicho, nació en San José, el ocho de mayo de 1890, (día en que asumió la Presidente de la República el Lic. don Joaquín Rodríguez), mes en que según los griegos, nacían

las personas buenas, mes dedicado por la iglesia católica al culto de la Virgen María; quizá porque están en plena florescencia las azucenas y los lirios, y pueden ornarse los altares con la maravilla de estas flores, y el mes de las orquídeas, que él tanto amaba y tenía, en el patio de su consultorio.

Me cuentan las hermanas del Doctor, que como la familia fué tan numerosa, y por una ley del azar, hubo tantos hombres como mujeres; a cada una de las hermanas le tocó cuidar a uno de los niños, y fué a Clarita, su hermana, hoy doña Clara de Martínez Suárez, a quien le tocó en suerte tener al Doctor bajo su custodia. Es ella quien me ha dicho que Ricardo era un muchachito muy alegre, pero discoloro, y que con mucha frecuencia tuvo querellas con los compañeros que abusaban de los menores o de los débiles; pero que jamás tuvo una disputa con una mujer. Como los buenos caballeros españoles, desde su niñez, peleó por su patria y por su dama.

No fué un alumno especialmente distinguido en los grados de la escuela primaria, sino el tipo corriente de estudiante. En el Seminario comenzó a distinguirse y sus notas fueron excelentes; pero no se crea que pasó por este Colegio como quien pasa por un sendero de rosas. Lejos de eso estuvo el Doctor. Una vez fué víctima de un castigo injusto: uno de los mentores de la juventud de entonces, quien jamás pudo soñar, que en aquel adolescente había pasta de varón excelso, cometió, de acuerdo con el criterio nuestro, que rendimos tributo a su memoria, el sacrilegio de fustigarlo.

No hubo una palabra de protesta del ajusticiado, pero sí la resolución de no volver al Colegio y así lo hizo saber a su madre. Muy poco influyeron en el ánimo del joven las palabras, más cuando vió que la madre se afligía ante el problema de no encontrar un lugar propicio para que el muchachito continuara sus estudios, se acercó a ella y le hizo la promesa de volver a pesar de lo ocurrido.

El sacerdote, quien descubrió su error, estuvo presto a presentar sus excusas y el agredido perdonó sin guardar ningún resquemor.

Esta anécdota que me han relatado, a traído a mi memoria el recuerdo de la actitud gallarda del Dr., cuando ya siendo un hombre, salimos de San José, al da siguiente de las elecciones, en las cuales el partido Beechista había sido defraudado y nos encontramos en el camino a Tres Ríos con unos cortesistas que nos saludaron y a quienes él estrechó las manos efusivamente, como si nunca hubiéramos militado en bandos opuestos. Había una cosa que él amaba por sobre todo y era la paz de la república y nunca cobró las ofensas que en aquella violenta compañía le infirieron gratuitamente, cuando sobre su cabeza se cruzaron las balas en el Parque Victoria de Puntarenas.

En el país desgraciadamente hay muy pocos hombres, como Ricardo Moreno Cañas, con suficiente altura de miras, que les permita olvidar lo personal, para pensar en los problemas nacionales que urge resolver. Hoy por el contrario, contemplamos, el espectáculo doloroso de los que invitan a la revolución, usando medios subversivos y apelando a las pasiones populares.

En el momento en que los pensadores se ocupan de resolver los problemas de la postguerra, los de la delincuencia, los de la producción y de la economía, los pobres de espíritu cobran lo personal.

Ricardo Moreno Cañas contempló las cosas colocándose en un centro macrocósmico, mientras los egoístas, los pequeños, circunscriben su radio de acción al microcosmos. Es así también como se explica que no limitara su

intervención a los asuntos de orden nacional y participara, como si hubiera sido un ciudadano del mundo, en la guerra de 1914, en la que prestó sus servicios como cirujano del ejército y en la guerra fratricida de España, en la que su pluma candente, condenó desde el principio la vil actitud de Franco. Muchos de los demócratas de último cuño, se quedaron boquiabiertos cuando vieron que Ricardo Moreno Cañas se inclinaba más a la izquierda que a la derecha. Ya él se daba cuenta exacta de una situación, que no iban a comprender los mentecatos sino muchos años después. Era que el doctor tenía una visión mucho más amplia y mucho más honda que la de muchos amigos de Rusia que antaño ostentaron con orgullo una camisa negra, de la cual ahora se avergüenzan. Él siempre supo el lugar a donde le tocaba colocarse, la hora que marcaba el reloj, en materia de política, así como en economía, en medicina y en filosofía. Hombres como él no nacen todos los días y por eso se trató muchas veces de quitarlo del camino, hasta que al fin un día la ley del determinismo se cumplió en él. Los que lo tuvieron siempre cerca del corazón y no se han detenido nunca a meditar el origen de las cosas, se llenaron de ira y profirieron anatemas contra el desgraciado que sirvió de instrumento a las bajas pasiones. Algunos en su locura pidieron la muerte para el criminal, y si las autoridades no hubiesen intervenido, el pueblo lo habría ultimado. Sin embargo, yo sé que el doctor pensaba distinto. De ello había dado pruebas porque no hemos olvidado que después del tiroteo de los cortesistas en el Parque Victoria, sudoroso y agitado, descendió de la tribuna pública para cumplir con su deber y fué a extraer del cuerpo de sus agresores las balas, que en la refriega habían disparado las autoridades.

Si al doctor le hubiera tocado formar parte del tribunal que tenía que juzgar a su asesino, Beltrán Cortés, estoy plenamente segura de que su gallarda figura, se hubiera erguido para hablar del doctor Marañón, para exponernos la teoría de Claudio Bernard, para apelar al testimonio de Gley y convencer al auditorio de que la delincuencia está íntimamente ligada con las hormonas a quienes Starling llama "mensajeros químicos", que por la vía sanguínea o por la nerviosa, como se admite en la actualidad, por el llamado proceso de neocrinea, actúan sobre las células del organismo, provocando cambios que traen por consecuencia un desequilibrio en el funcionamiento de los órganos y una alteración del psiquismo, que sufre una transformación y no puede regular los actos conscientes del individuo. Yo tengo entre mis libros uno de Jiménez de Azúa, que el doctor me regaló, según el cual, el análisis endocrinológico de los varios tipos de delincuentes demuestra una gran frecuencia de anomalías funcionales en los seres endocrinopáticos.

El desarrollo exagerado de los brazos y de los caninos de que hace muchos años habló Lombroso, y al cual se refieren Berman, Rossi e Ivo Geipie Cobb, no es cosa nueva, y se sabe que es el resultado de un mal funcionamiento endocrino. Ya nadie se sorprende de que el Hiperpituitarismo tenga que ver con el crecimiento anormal de los zigomas ni de que el Hipopituitarismo se relacione con el afeminamiento.

Yo nunca olvidaré que en la época en que tuve "La Casa del Niño", se me presentaron varios problemas con los párvulos, recogidos al azar, sacados de los cajones de puerta, de las covachas de los bajos barrios y de los alrededores del mercado y que los doctores Vega, Moreno Cañas y Ovarés, cooperaron conmigo en la solución de casos muy serios y el único ca-

mino que nos dió la clave del enigma que cada ser humano representa, fué el estudio de la endocrinología aplicada.

La conducta de uno de los peores chiquillos, mejoró extraordinariamente después de que el Doctor Vega llevó a cabo, con éxito extraordinario, una operación; pero más notable fué el cambio de otro chico después de la intervención quirúrgica ejecutada por el Doctor Moreno Cañas, que consistió en la remoción de un tumor Hipofisiario.

Desde el primer día en que el Doctor Moreno Cañas examinó al niño, se dió cuenta, por la exagerada vivacidad de los reflejos motores y la inestabilidad típica del chico, de que teníamos entre manos un caso anormal y diagnosticó la enfermedad. Unas semanas más tarde, el eminente galeno procedió a la operación y después de la convalecencia, el niño emprendió sus estudios en una forma serena y seria, que le permitió ser uno de los más aventajados en la clase del Profesor Rodolfo Céspedes.

La firme convicción que tenía el Doctor en la disciplina positiva, el conocimiento de la medicina, y la herencia paterna que debe haberlo inclinado al estudio de las Leyes, porque su padre fué un eminente Abogado, indudablemente fueron la causa de que procediera siempre en una forma lógica, como lo hizo su padre, Don Inocente Moreno, que gozó de una reputación sin rival por sus condiciones intelectuales, por su integridad moral y porque su bufete de Abogado se distinguía por su numerosa clientela. El factor herencia, es de un valor trascendental en la vida, y por eso podemos afirmar que de su padre heredó el Doctor Moreno Cañas la formidable lógica con que actuó en el Congreso y que fué la misma que hizo a Don Inocente tan popular en el año mil ochocientos noventa y dos, cuando formó parte de una Cámara Legislativa integrada por un selecto grupo de hombres públicos.

Si a lo dicho anteriormente se añade la familiaridad que el Doctor tuvo con las obras de Ivo Geipie Cobb, auto de las glándulas del destino, y en el cual se demuestra en forma enfática la influencia que tienen la anomalías sobre la civilización y la seguridad pública, lógico es creer que su actitud con respecto al hombre que al ultimarlo apagó una estrella de primera magnitud en el cielo de Costa Rica, hubiera sido la misma del divino Jesús, quien devolvió la luz de los ojos al villano que hundió la lanza en su costado.

Los que sabemos que en el mundo no hay malos ni buenos, sino enfermos y sanos, estamos convencidos de que nuestro gran Doctor sabía, como lo ha demostrado Walter Timme, que de veinte y cinco sentenciados a perpetuidad veinticuatro son tipos endocrinopáticos.

La actitud del Doctor Moreno Cañas fué siempre vigilante y austera, y fácilmente se apasionaba, pero por un admirable contraste de su naturaleza extraordinaria, era su corazón un nido de ternuras y en todos los actos de su vida dió muestras de lealtad y de sacrificio. Era firme en sus afectos, firme en sus convicciones y sereno ante los grandes y trascendentales problemas de la vida.

De esta firmeza dió prueba cuando después de haber fumado muchos años, tomó la determinación de suspender el vicio y lo hizo en forma definitiva, cuando mantuvo en la Cámara sus polémicas, y cuando desafió a sus enemigos.

Pero la prueba más grande de fortaleza que dió en su vida, fué el estoicismo, con que como el gran Pasteur, que sufrió una herida semejante, según el decir de don Alejandro Alvarado, aceptó la muerte de su hija

Flor de María. Esta niña era la primogénita y unía a su belleza, el talento, la gracia y la sensibilidad más exquisita. Era sin lugar a duda la que moral e intelectualmente tenía más afinidad con su padre, si bien es cierto que la belleza física le venía por el lado de la madre.

El rudo golpe de la desaparición de su hija, el hecho dolorosísimo de que habiendo podido salvar a los hijos de otros, no pudo salvar la suya, no quebrantó la moral de aquel gran hombre. Encontró consuelo para su pena, aliviando el dolor de sus semejantes y secando las lágrimas, de los que nos acercábamos para llorar con Graciela Moreno, la bella compañera del Doctor y con Cecilia, viva imagen de su padre, y con Gracielita, la menor de todas, la desaparición de aquella criatura privilegiada, que había hecho de su vida un poema, y que era la esperanza del hogar Moreno Ulloa.

Al valor unía el Doctor una gran modestia, porque jamás hizo alarde de que el gobierno francés, como premio a sus valiosos y desinteresados servicios, prodigados en el fragor de las batallas, ordenara colocar en su pecho la insignia de Caballero de la Legión de Honor, a la cual merecía pertenecer.

Nunca se vanaglorió de los honores que le tributara la Legación de México, ni el Gobierno panameño, cuando lo invitó a participar en un Congreso en el que ocupó el puesto más destacado y en el que se hizo notar por el arsenal de conocimientos que aportó.

Las gentes se hacían lenguas hablando de los favores que el Doctor les hacía y de las operaciones gratis en el Hospital. Y él, se sonrojaba cuando lo elogiaban o llegaban a su consultorio a llevarle presentes. Estos consistían en flores y en frutas, plenas de sol, que de los campos le traían las manos toscas y sinceras de los trabajadores a quienes él había curado. Porque, aunque Ricardo pertenecía, por vínculos de familia, a una clase intelectual y directora del país, su concepto de justicia social y sus simpatías por los proletarios, le valieron el cariño de los grupos populares, quienes sin duda alguna, lo habrían llevado a ocupar el más alto puesto en el Gobierno de la República, si la muerte no se hubiera interpuesto, entre el anhelo popular y la fuerza del destino. Fué ésta una tragedia incalculable, porque si él hubiera llegado a tiempo al solio presidencial, la reacción no habría podido abrirse cancha entre las masas, donde el quintacolumnismo, ha logrado conquistar algunos puestos, que si bien es cierto no lograrán mantener, han socavado las bases de la moral nacional. Afortunadamente el Doctor no ha muerto, porque de él, puede decirse como de nuestro inolvidable pedagogo, don Omar Dengo, que hizo escuela de civismo.

Las palabras pronunciadas por él en la Liga Cívica no han sido borradas por el tiempo. Hoy como ayer, los que pertenecemos a su escuela, estamos dispuestos a pelear para que desaparezcan los monopolios, para que se castigue a los especuladores, para que la fuerza hidráulica de Costa Rica, provea de luz a los que hemos tenido la suerte de nacer en esta tierra. Para que la producción descansa sobre bases económicas y técnicas, quitando así del renglón de importaciones todos los productos que Costa Rica podría exportar cuando la agricultura esté bien orientada.

No solo la educación cívica le interesaba a este hombre singular, sino la cultura en su más vasto campo, porque ningún ramo del saber humano fué para él totalmente desconocido. En unos terrenos entró de lleno y cosechó laureles y en otros apenas hizo una incursión, pero todo le interesaba, y su ciencia austera no estaba reñida con la poesía lírica ni con la música. Su biblioteca era valiosa y fundamentalmente científica, pero así como Sha-

Flor de María. Esta niña era la primogénita y unía a su belleza, el talento, la gracia y la sensibilidad más exquisita. Era sin lugar a duda la que moral e intelectualmente tenía más afinidad con su padre, si bien es cierto que la belleza física le venía por el lado de la madre.

El rudo golpe de la desaparición de su hija, el hecho dolorosísimo de que habiendo podido salvar a los hijos de otros, no pudo salvar la suya, no quebrantó la moral de aquel gran hombre. Encontró consuelo para su pena, aliviando el dolor de sus semejantes y secando las lágrimas, de los que nos acercábamos para llorar con Graciela Moreno, la bella compañera del Doctor y con Cecilia, viva imagen de su padre, y con Gracielita, la menor de todas, la desaparición de aquella criatura privilegiada, que había hecho de su vida un poema, y que era la esperanza del hogar Moreno Ulloa.

Al valor unía el Doctor una gran modestia, porque jamás hizo alarde de que el gobierno francés, como premio a sus valiosos y desinteresados servicios, prodigados en el fragor de las batallas, ordenara colocar en su pecho la insignia de Caballero de la Legión de Honor, a la cual merecía pertenecer.

Nunca se vanaglorió de los honores que le tributara la Legación de México, ni el Gobierno panameño, cuando lo invitó a participar en un Congreso en el que ocupó el puesto más destacado y en el que se hizo notar por el arsenal de conocimientos que aportó.

Las gentes se hacían lenguas hablando de los favores que el Doctor les hacía y de las operaciones gratis en el Hospital. Y él, se sonrojaba cuando lo elogiaban o llegaban a su consultorio a llevarle presentes. Estos consistían en flores y en frutas, plenas de sol, que de los campos le traían las manos toscas y sinceras de los trabajadores a quienes él había curado. Porque, aunque Ricardo pertenecía, por vínculos de familia, a una clase intelectual y directora del país, su concepto de justicia social y sus simpatías por los proletarios, le valieron el cariño de los grupos populares, quienes sin duda alguna, lo habrían llevado a ocupar el más alto puesto en el Gobierno de la República, si la muerte no se hubiera interpuesto, entre el anhelo popular y la fuerza del destino. Fué ésta una tragedia incalculable, porque si él hubiera llegado a tiempo al solio presidencial, la reacción no habría podido abrirse cancha entre las masas, donde el quintacolumnismo, ha logrado conquistar algunos puestos, que si bien es cierto no lograrán mantener, han socavado las bases de la moral nacional. Afortunadamente el Doctor no ha muerto, porque de él, puede decirse como de nuestro inolvidable pedagogo, don Omar Dengo, que hizo escuela de civismo.

Las palabras pronunciadas por él en la Liga Cívica no han sido borradas por el tiempo. Hoy como ayer, los que pertenecemos a su escuela, estamos dispuestos a pelear para que desaparezcan los monopolios, para que se castigue a los especuladores, para que la fuerza hidráulica de Costa Rica, provea de luz a los que hemos tenido la suerte de nacer en esta tierra. Para que la producción descansa sobre bases económicas y técnicas, quitando así del renglón de importaciones todos los productos que Costa Rica podría exportar cuando la agricultura esté bien orientada.

No solo la educación cívica le interesaba a este hombre singular, sino la cultura en su más vasto campo, porque ningún ramo del saber humano fué para él totalmente desconocido. En unos terrenos entró de lleno y cosechó laureles y en otros apenas hizo una incursión, pero todo le interesaba, y su ciencia austera no estaba reñida con la poesía lírica ni con la música. Su biblioteca era valiosa y fundamentalmente científica, pero así como Sha-

kespeare pudo ser el deleite de Darwin, José Santos Chocano y Rubén Darío, tenían un campo en el corazón del Doctor Moreno Cañas.

No sólo le interesaban los versos, también le prestaba atención a las reliquias indígenas. Entre sus recuerdos, sobre el escritorio tenía alguna figurilla de jade que evocaba la cultura de nuestros antepasados.

Decía que nada le proporcionaba un descanso más completo que escuchar buena música; pero no era en esto exclusivista, y consideraba que los aires populares y la música típica tenía también su valor.

Era tan humano, que ninguna actividad de los hombres era extraña para él. A todo le concedía un valor y por eso hasta el más humilde de los mortales era para él un motivo de interés, de estudio y de cariño.

Era un hombre poli-lateral, porque amaba la ciencia, el arte, la música y la pintura. Le compraba cuadros a los pintores por dos razones: por amor al arte y por justicia social. Le dolía mucho que nuestros artistas estuvieran siempre pobres. Se solazaba en el paisaje costarricense. Decía que le traía a la memoria el paisaje suizo, y le compraba siempre cuadros netamente tícos a Fausto Pacheco y a Quico Quirós. Le tenía especial cariño a uno que representaba la casita de campo, con el corredor ornado de helechos y la carreta, como dice Julián Marchena, "como un pájaro que clava el pico, o un cañón que no dispara."

Tenía predilección por las estatuas y quizá por esa razón, un soldado francés a quien él operó, le hizo una estatua. El la conservaba siempre sobre su escritorio. Era la imagen más fiel que he visto de Ricardo Moreno Cañas y él la guardaba como una reliquia.

El artista lo conoció en los aciagos días de la guerra mundial, porque el Doctor se trasladó de Ginebra donde había terminado su carrera en medicina, a París, y de allí al campo de operaciones militares donde trabajó día y noche en compañía de connotados médicos franceses.

Siendo de noble abolengo, mantuvo relaciones muy cordiales con las gentes más pobres y más ignorantes. Como no conocía los prejuicios de raza, tenía muchos amigos chinos y polacos, en aquellos días en que la democracia no se había abierto paso y en que los mentecatos aún creían que la superioridad la dá el color de la piel, o la suavidad del pañal en que envuelven al niño, cuando por primera vez se presenta en el escenario de la vida.

Su credo era democrático y cristiano. De su sentimiento religioso hace un análisis interesante, un amigo de su infancia, que ocupa hoy la posición más alta en el departamenta de Salubridad Pública, el distinguido Doctor don Solón Núñez. No sólo amaba a Cristo, sino que ajustó las normas de su vida a los principios de aquel excelso predicador, quien inició la propaganda en pro de la fraternidad universal, entre los libros de su biblioteca había varios referentes a la vida de Jesús.

Porque sus sentimientos eran verdaderamente cristianos fué que se opuso gallardamente a las doctrinas totalitarias, y aunque lo criticaron sin piedad se acercó siempre a todos los que en el mundo se aliaron con la justicia. Jugó con las cartas sobre la mesa. No se prestó nunca a combinaciones oscuras y por eso sufrió mucho en la política. Pero se metía en ella de lleno con el exclusivo afán de depurarla y mejorar las condiciones de los humildes. Es esta la razón por la cual, en el homenaje póstumo que el país le rindió, estuvieron presentes las corporaciones de todos los trabajadores, así como los representantes de todas las asociaciones culturales del país.

Probablemente ningún Presidente de la República tuvo un cortejo más

grande que el que acompañó a este hombre en cuyo corazón cupieron todos los costarricenses.

Los artistas tallaron en madera su noble figura, la modelaron en arcilla, la vaciaron en yeso, pero más que todo la gravaron en su propia alma.

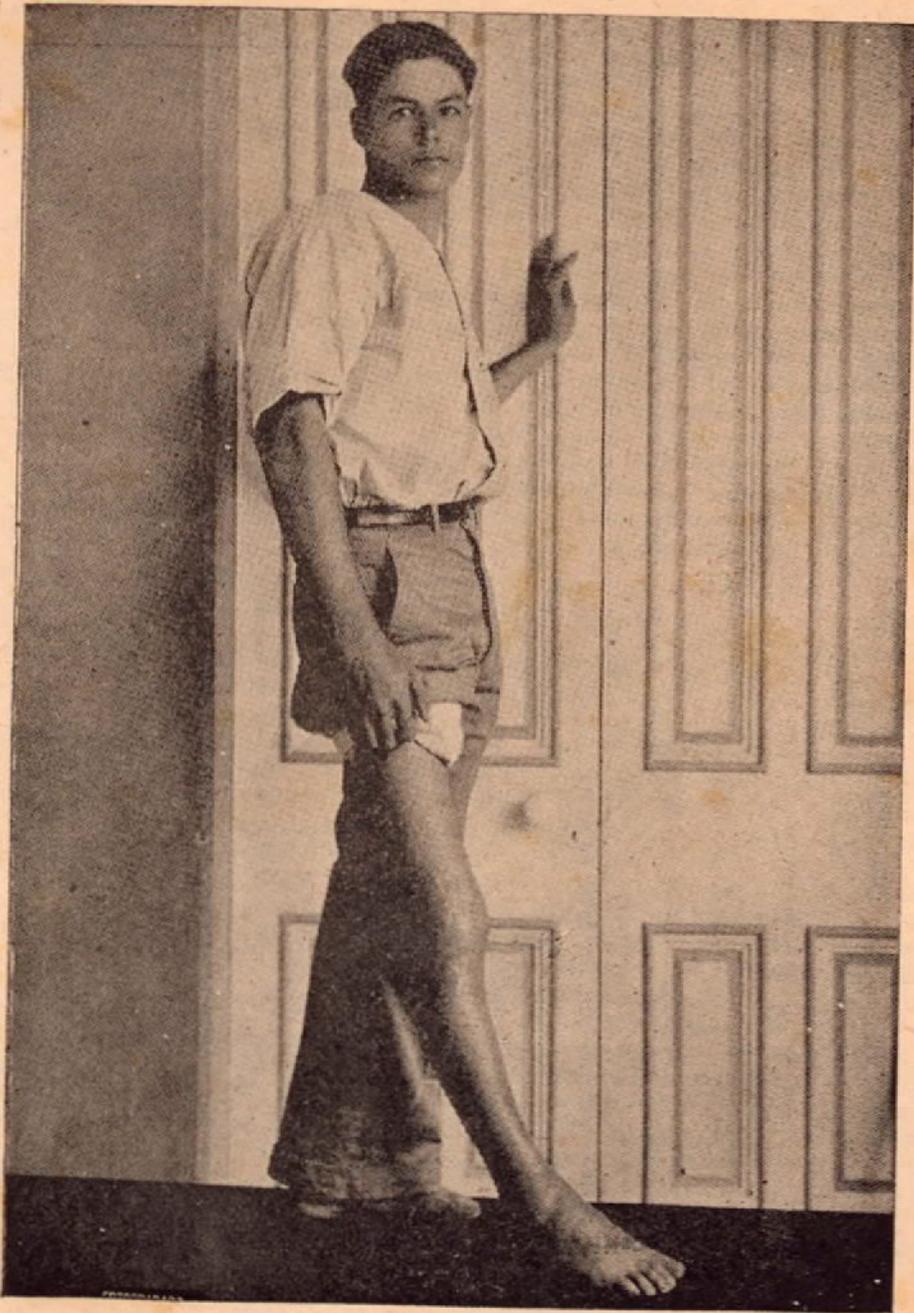
Los poetas cantaron a su memoria. Con mucha razón uno de ellos dijo: "que su existencia había sido limpia como una espada manejada sin miedo por un gran corazón".

Cuando el Doctor murió, en la angustia del momento, nuestras gentes emotivas y por lo tanto de impulsos, que rara vez llegan a convertirse en una realidad, hablaron de levantarle un monumento al egregio ciudadano que luchó por el bienestar nacional. Pero todo se quedó en palabras y todavía no hemos visto el famoso monumento, ni en la blanca ciudad de Liberia, donde la Municipalidad acordó bautizar con el nombre del ilustre costarricense desaparecido, el parque de la ciudad y erigirle un monumento, por contribución particular; ni en ninguno de los sitios públicos de San José, donde tantas veces, se dijo que se levantaría sobre un pedestal de bronce, su apuesta figura. Ha sobrado dinero para levantar monumentos que sirven de pretexto para encender odios fratricidas, pero todavía no se ha conseguido que la familia costarricense se una, en torno del pedestal del Doctor Moreno Cañas, para compactar todas las fuerzas en bien de la nación.

Yo que ignoro la lengua científica de los médicos, apenas si puedo adivinar lo que significa (*Genu recurvatum* y *anquilosis*), pero me maravillo ante las fotografías tomadas de aquel muchacho de San Marcos de Tarrazú, quien a la edad de trece años se hizo una herida profunda en la rodilla y sufrió una deformación tan grande que la pierna se convirtió en un arco. Nadie habría podido creer que semejante deformidad podía elimi-

narse y que aquella pierna, mediante una operación volvería a su estado normal. Aquella rodilla anquilosada que hacía un arco de noventa grados con el muslo, volvió a su lugar normal después de la intervención quirúrgica. Todo lo que se diga es poco para describir el resultado sorprendente de la transformación y por eso acompaño aquí estas fotos.





El veintitrés de agosto de mil novecientos treinta y cuatro realizó el doctor Moreno la complicada operación con la asistencia de los médicos Jorge Vega y F. Pinto. Dice nuestra genial escritora Carmen Lira, que el doctor hizo aquella operación con el mismo esmero con que habría operado la pierna del Presidente de la República, a pesar de que se trataba de un jornalero pobre que no podía pagarle ni un cinco. Dice Carmen que el doctor trabajó con el cincel y el martillo como un escultor, y que Bordelle no debe haber esculpido con más amor las piernas de su grupo de danzarinas que hay en el Teatro de París. Y dice que con sus manos extraordinarias, que un asesino acusado por quién sabe qué envidia vizcosa y sombría dejó inmóvil para siempre, ejecutó el doctor aquel trabajo de arte, y agregó, que le parece haberlo visto inclinarse sobre el hombre dormido, con su bisturí que era como una prolongación de sus dedos, hacerle una incisión en la extremidad superior del fémur e inferior de la tibia, y pensar que se trataba de enderezar una de las columnas en que descansa una vida humana. La vida de un muchacho trabajador que vale tanto como la de un Duque.

Ella nos hace observar, que el doctor ha olvidado, frente a la mesa de operaciones, que el mundo, del otro lado de las paredes de aquella sala saturada de éter, es un mundo en que los hombres se dividen en clases, y que el que tiene sobre la mesa es un pobre.

Ella describe maravillosamente el brillo de los ojos buenos y la mirada que sirve de guía a la mano maestra, y la legra que va desprendiendo los tejidos y el periostio de los huesos.

A menudo, cuando pienso en esa operación, y en la fe con que ese muchacho se puso en las manos del cirujano, pienso que la clase trabajadora, que me ha inspirado una fe semejante, será quizá la que alguna vez, mediante un sacrificio enorme pueda levantarle el monumento de que tanto se ha hablado, ya que ella fué la única que convirtió el algo tangible, un anhelo popular, al bautizar una calle de la capital y dejar allí una columna trunca.

Los costarricenses no hemos olvidado al doctor, y prueba de ello han sido los homenajes tributados a su memoria, la marcha fúnebre del conocido compositor H. Venegas, los vocetos de monumentos y las pinturas, pero todavía el país no ha hecho lo que tiene que hacer por él.

Lo que el doctor significó sobre todo, para la clase humilde, lo expresa mejor que ninguna otra cosa un discurso que no se dijo ante la tumba del doctor y que escribió Carmen Lira. Creemos que lo mejor es reproducirlo íntegro, puesto que a solicitud de muchas personas de la República que no lograron conseguir el número del "Trabajo" en que se publicó, a raíz de la muerte del doctor, hubo necesidad de reproducirlo.

He aquí el discurso:

"Es un militante comunista el que viene a decir su pensar y su sentir ante la tumba que acaba de cerrarse sobre el cadáver del doctor Moreno Cañas. Fué él, persona que no perteneció a nuestro partido, *que más de una vez nos atacó*, pero yo creo que es deber del Partido Comunista de Costa Rica honrar su memoria porque fué uno de los mejores hombres que ha tenido el país, porque es útil destacar su vida, ejemplo de hombría de bien y porque conviene mantener vivo su recuerdo entre la clase trabajadora para que le sirva de guía en el momento de escoger a quienes van a dirigir los destinos de la nación.

Lo que el doctor representó para Costa Rica lo está diciendo el dolor que ha estallado ante su muerte trágica en todas partes. Lo están llorando los de arriba y los de abajo, los hombres mejores, los intelectuales más destacados y más honrados, el obrero y el pobre peón, la gran dama y la

mujer del pueblo, los niños de los ricos y los niños de los trabajadores. Esta mañana vimos a una viejecita humilde llorar en su cocina por el doctor Moreno Cañas.

Mientras se limpiaba las lágrimas con la punta de su remendado delantal decía zolozando: "era el hombre más bueno que tenía Costa Rica. No había un médico como él...nos curaba a los pobres sin cobrarnos, y lo hacía con tanta seriedad como si le pagáramos... Por qué ese desgraciado se cebó en él, que sólo sabía hacer el bien y no se fijó en tanto picaró? Puso su ojo de asesino en lo mejor que teníamos"...

El entierro del doctor ha sido una manifestación de duelo de las más grandes e imponentes que hemos visto. Vinieron de los cuatro puntos cardinales de Costa Rica, todos los que querían, y su ataúd fué al cementerio en hombros de los pobres y de los ricos que disputaban el honor de conducir sus restos. Al salir de la iglesia su cadáver, el pueblo se apoderó de él para llevarlo llorando al sepulcro. Con aquella solicitud adolorida parecían querer decirle: Eras el hombre que le convenía al país para la Presidencia de la República, y he aquí que te estamos llevando al cementerio. El pueblo encabezaba el desfile: Era un hombre suyo-el que se enterraba, uno que lo había defendido siempre y con lealtad. El Presidente de la República y los altos dignatarios quedaron relegados a segundo término. Los sindicatos decretaron el paro y muchos establecimientos de comercio se cerraron en señal de duelo.

Sólo los que le tuvieron envidia y aquellos para quienes la honradez activa del doctor Moreno Cañas, era una incomodidad, no han sentido su desaparición, más bien, les debe haber sacado un suspiro de alivio que han ocultado en lo más recóndito de su conciencia; se les quita un estorbo del camino.

Recordamos sus campañas de higiene social en contra de las pillerías que habían perjudicado al pueblo y en las que habían tomado parte personajes destacados del país. Una vez que se decidía a cortar por lo sano, procedía como cuando operaba: si había que sacar un tumor o cortar un miembro podrido lo hacía sin vacilaciones. En los sectores perjudicados por estas campañas, se despertaba gran inquina contra él y lo tenían por hombre despiadado. Ignoraban la lucha interna que significaba su actitud. El ejercicio de la verdad necesita individuos de mucha fortaleza para desoír el egoísmo que aconseja que es más cómodo guardar silencio, o la debilidad que aconseja perdonar y olvidar.

Pocas veces la muerte ha hecho más daño a un pueblo como ahora, con este asesinato. No es que nosotros creamos en los predestinados, en los héroes a lo Carlyle. Sabemos que la Historia de la Humanidad la hacen los hombres mismos y que en sus capítulos más trascendentales toman parte muy importante los "grandes hombres". El doctor Moreno Cañas fué uno de los "grandes hombres" de Costa Rica; fué uno de los órganos que la necesidad de la vida costarricense se había venido creando con dificultades desde hace tiempo para su propio mejoramiento; este órgano ha sido aplastado por la brutalidad de un asesino. Es como si un pedrejón hubiese caído sobre un vaso precioso. La colaboración de este hombre en el ennoblecimiento de nuestro pueblo va a hacer mucha falta. Sin él la lucha será más fuerte y más dura. No era un ecléptico, es decir, no era de los que echan mano del eclepticismo para estar bien con Dios y con el diablo: era simplemente un hombre honrado que sabía tener la voluntad de la lucha por lo que creía justo. Por eso lo estimaron todos los que tienen dos dedos de anhelo de justicia dentro del pensamiento. Este asesinato parece haberle

hecho el juego a la reacción que ahora sin el doctor Moreno, podrá reinar más a su antojo en nuestro pueblo. Era el punto en donde parecían juntarse los caminos que van hacia el mejoramiento de Costa Rica. A su sombra se habían podido poner de acuerdo los elementos de la derecha y los de la izquierda que alentaran empeñosos por una mayor equidad para nuestro pueblo. El doctor Moreno Cañas pudo haber logrado la realización de lo que en Costa Rica habría sido el Frente Popular. Ahora toca a los que cometieron a su lado, no dejar volverse polvo sus anhelos, como se volverán sus restos. Sus esfuerzos no parecen haberse perdido en el vacío: la manifestación imponente que fué su entierro, nos lo está diciendo. El pueblo de Costa Rica había comprendido que en el doctor Moreno Cañas tenía no sólo un posible defensor de la salud de miles de individuos, sino también un decidido defensor de sus derechos. Que su ejemplo sea acicato para los pocos políticos honrados que aún le quedan al régimen liberal en Costa Rica.

Es deber de nuestro Partido Comunista honrar la memoria de aquel que una vez que comprendió que no éramos una banda de foragidos ni de criminales, como querían hacernos aparecer los interesados en que la sociedad sigue moviendo dentro de la anarquía que anda, sino una agrupación de gente decidida a luchar por el logro de un equilibrio social más justo, dejó de atacarnos y se puso de nuestro lado en momentos difíciles para nosotros. Allí no más está su actuación en el Congreso, cuando atacó sin vacilaciones el fraude electoral que arrebató la curul al compañero Carlos Luis Sáenz. Supimos que el Gobierno, al tener noticia de su decisión de defender nuestra causa en la Cámara, trató de convencerlo de que desistiera de su empeño y movió poderosos resortes para conseguirlo. Al Gobierno no le convenía que un hombre del prestigio de Ricardo Moreno Cañas, atacara aquel fraude. Pero nada lo detuvo, ni la enfermedad sería que lo hacía guardar cama y se fué a cumplir con su deber de Diputado, tal como lo concebía él, con su criterio de liberal auténtico y allí en su puesto se mantuvo hasta la madrugada y dijo lo que tenía que decir a los que habían burlado las leyes y por medio del chanchullo y soborno habían llevado un Diputado al Congreso. ¿Qué provecho sacaba con ponerse de nuestro lado? Nada. En cambio, si él hubiese alcanzado aquella picardía, se habría ganado la simpatía del Gobierno, quizá; hasta habría conseguido que éste apoyara su posible candidatura. No le importó que los ignorantes, los serviles lo llamaran comunista. El sabía ya que todos los que combaten la injusticia, el robo y la explotación de hombres son llamados comunistas y que, por lo general, los que gritan contra los comunistas son unos grandes pícaros. Sabía también que en torno del Partido Comunista se ha tejido una infame trama de calumnias y mentiras y que se le persigue hoy con la misma saña con que lo fué el liberalismo en otra época. Este hecho no debemos olvidarlo nunca los comunistas de Costa Rica, porque ha ayudado a disipar la leyenda de terrorismo que nos rodeaba y poco fué una lección para muchos pusilánimes. Tampoco debemos olvidar que fué un anti-imperialista decidido y que siempre militó en la vanguardia de los que guerrearon contra el filibustero moderno, encarnado hoy entre nosotros, en la United y las Compañías Eléctricas. Fué miembro de la Liga Cívica, y hace diez años que tomó parte, junto con Omar Dengo, en la primera campaña de peso que se ha llevado a cabo en Costa Rica contra el trust eléctrico.

Es curioso: su tumba queda a la par de la de don Junaito Mora, el defensor de Costa Rica contra los filibusteros del 56.

Fué la suya una vida con unidad: su conducta como cirujano destacado guardó perfecta armonía con su conducta de político que trataba de cortar

por lo sano y con su conducta dentro del hogar, en donde sabía ser cortés hasta con el humilde sirviente. Sus gestos y sus palabras en la intimidad del hogar eran limpios y dignos como los que usaba en la Cámara. No perdía altura entre bastidores. Su existencia fué de una sola pieza: no estaba compuesto de retazos como la mayor parte de nuestros grandes personajes, que recuerdan esas colchonetas que hacen las amas de casas industriales, en los que trozo de seda auténtica sabe hermanarse con el de seda artificial. Cuando lo oíamos defender al país de la venalidad criolla y de la ansia del lucro de la United Fruit Company, recordamos al cirujano que sabía poner recta una columna vertebral torcida.

Yo conocí mucho al doctor Moreno Cañas a través de mi hermano, —que lo quiso entrañablemente—, cuando un hijo de Luis Anderson le dió un tiro a traición después de un mitin en el cual, mi hermano apoyó la defensa de Costa Rica ante las malas artes de las Compañías Eléctricas, de las cuales es abogado Luis Anderson.

De esto hace ya diez años.

¡Y cuantos detalles de nobleza a lo largo de esta vida! Cuántos hilos delicados se entrecruzan en la trama con los hilos de sus hechos de hombre que sabía enfrentarse a la mentira, por poderoso que fuera el que la sustentaba: a la par de su tezón, del estudio minucioso y del valor que ponía en sus campañas de defensa para el pueblo de Costa Rica, está la minuciosidad con que curaba al enfermo más pobre o el amor con que ponía buenos los huesos enfermos del que poseía dinero y del que no lo poseía.

Yo sé de una muchachita campesina de unos tres años de edad, de padres pobres, que en una ocasión sufrió terribles quemaduras producidas por unos alambres de la luz eléctrica y que fué llevada al Hospital. Cuando la curaba con sus dedos de seda, se esforzaba por volverlos más sutiles para que la criatura no sufriera y él, que era tan serio se ponía a sonreír con su sonrisa de hombre bueno cada vez que la chiquilla le acariciaba la frente con sus manitas curadas. Para entretenerla fué él mismo con una de sus hijitas a una tienda a buscar una muñeca bonita para su pequeña enferma y para que su niña misma fuera la que llevara el regalo. Cuando élla salió del Hospital iba a verla y cuando pasaba por el camino frente a la casa en donde élla vivía, sonaba el clausón de su outomóvil para que saliera a decirle adiós con sus manitas que él había logrado poner buenas. ¡Cuánto dolor habrá tenido la campesina al saber que le mataron a su doctor!

Fué uno de los hombres menos "plateros", que he conocido. A cuántas personas curó, sin cobrarles un cinco y cuántos comodidosos dejaron de pagarle! Si todos los que le quedaron debiendo, pagaran a su familia, ésta recogería cientos de miles de colones. La noche del veintitrés de agosto fué trágica para Costa Rica. Tres hombres buenos fueron muertos por un degenerado. Se vienen a la memoria la tragedia griega y aquellos endemoniados de que habla la Biblia, que salían por las calles espoleados por el demonio que llevaban dentro..."

*Carmen Lira.*

Releyendo este discurso se da uno cuenta de las razones que tenía el pueblo de Costa Rica para dolerse de su muerte, y de las que tenían los malos para odiarlo. Para mucha gente que no supo, o no pudo, ponerse en primera linea, debe haber despertado una envidia diabólica pero para los humildes era algo así como un santo laico. Por eso es fácil comprender el arranque generoso de Antonio Valerín, cuando con santa unción, como si se tratara de pagarle una promesa a la virgen de los Angeles, depositó

los primeros dos colones, que eran el máximo de lo que él podía dar, para que se fundiera en oro la mano del Doctor.

Es la devoción del pueblo por su vida y sus obras, la que explica también el desfile al cementerio todos los años cuando se conmemora el aniversario de su muerte. Es el ejemplo de civismo del Doctor el que nos permite comprender el afán de don Edgar Carvajal Cabezas y de don Alejo Poveda de formar un comité que vigile las Compañías Eléctricas y recaude la contribución nacional para el pago de la expropiación.

Porque como ya se ha dicho, una de las cosas que más preocuparon al Doctor fué el bienestar del pueblo costarricense y se sabe muy bien que las grandes compañías, aquí, como en otros países se preocupan casi exclusivamente por sus intereses y olvidan la suerte de sus empleados.

El lema del Doctor fué siempre el de servirle a sus conciudadanos y esto fué lo que le valió una popularidad que traspasó los límites de Costa Rica y lo hizo grato a los ojos de los pueblos de Centro América, de suerte que en Guatemala y en El Salvador era casi tan conocido como en su propio país y el escritor salvadoreño don Francisco Loarca, hombre de una integridad moral poco común dice: "que el doctor Moreno Cañas era un santo que descendió al mundo para realizar los más grandes milagros, que en sus manos estuvo la cuchilla como en las de Dios y que tornaba los adefecos en seres humanos; pero que era para él lo más grande de nuestro super-hombre, fué la comprensión humana con que abordó todos los problemas sin limitarse al campo de la cirugía, porque vió hacia los cuatro rumbos desde donde vienen ululantes las voces del dolor que se acurruca en la cabaña agreste, allá en El General..., en San Carlos... en Matina... en el corazón de los bananales..."

Moreno Cañas sentía que todas aquellas voces que llegaban en los lomos del viento, llagadas, llorosas, enfermas, tenían remedio; que el mal no es eterno, que está en las cuchillas y que sobra el dinero; pero que falta la piedad."

En Costa Rica, la pluma de veinticinco poetas ha elogiado la memoria del Doctor y de todos los versos escritos, al calor de la emoción, brota un anhelo hondo de que la mano milagrosa se levante y prosiga sus azañas desde la eternidad, donde si la supervivencia del espíritu existe, él debe estar salvaguardando los intereses que en vida defendió. Su índice, como lo dijo el profesor don Ramón Céspedes, supo señalar todos los peligros que acechaban al país e indicó el lugar donde deben ponerse en pie las huestes del civismo.

A mi juicio, pocos, fuera de Carmen Lyra, y el doctor Solón Núñez y el doctor Jorge Vega, han dicho en muy breves palabras, lo que dice Ramón Céspedes y que lo define con matemática precisión "Fuerza en el pensamiento, y fuerza en la acción. Acento cálido en el tributo a la verdad; vibración quemante en la extirpación del mal. Manos que supieron prodigar todas las consolaciones. Corazón con ternura de niño y con arrojos de valor heroico, del que irradiaron todas las formas del bien y que supo ofrecerse como blanco, sin las vacilaciones del cálculo.

Agudo el pensamiento en la estimación de los problemas, pronta y firme la palabra al indicar soluciones. Sonoridad argentina, anunciadora de alivio para el enfermo, vibración de alarma para poner en pie las fuerzas del patriotismo.

Verbo y acción. Calma sedante en las tribulaciones del acongojado; eco de tormenta ante el reto de la lucha. Serenidad de remanso ante el ruego del humilde; precipitaciones de torrente para ahogar lo injusto.

Fertilidad de tierra virgen en germinación de ideas, aridez de la roca para el germen del mal.

En su vida de cirujano, disfrutó el raro privilegio de sentir, teniéndolo en sus manos, las últimas palpitations de un corazón humano. El civismo costarricense buscaba en él las palpitations de la patria."

A estas palabras del profesor Céspedes, casi no se puede agregar nada que no haya sido dicho ya en una o en otra forma por más de un centenar de costarricenses que han escrito glorificando su memoria. Todos sentimos cuando el Doctor cerró sus ojos, la caída de la más potente columna de nuestra arquitectura democrática, y por eso tembló el país entero y se estremeció la tierra al recibir el cuerpo del más perfecto de los varones de su generación. Al desaparecer dejó encendidas en los recodos de muchas vidas oscuras, lámparas maravillosas que iluminan el sendero de los humildes.

De los que han escrito versos, entre ellos algunos muy buenos, quien a mi juicio describe mejor al inolvidable amigo, es Carlos Luis Sáenz, y por eso en este ensayo de biografía, que la Oficina Interamericana de Educación me ha dado la oportunidad de escribir, juzgo necesario incluir unos versos que dirían a la posteridad, quien fué el varón de que hoy nos ocupamos.

## *Canto al Ciudadano Ejemplar*

*Incorruptible  
como las rocas;  
acero limpio  
de toda escoria  
firme conciencia  
que se acrisola  
Creando un destino de egregias normas*

*Sus actos, sus palabras relieve cobran  
y permanencia, en muros de viva historia,  
al par que los menguados callan y otorgan  
y estrujan la conciencia que los ahoga.*

*Sin remisión, fué siempre de los primeros  
en las luchas civiles, en que los pueblos  
afirman sus valores, troncando en hechos  
palpables los ideales que concibieron.*

*Cuando bramaban olas de tempetades  
y en su hogar se quedaban los pusilánimes,  
y transigían con yugas, siervos cobardes,  
y adulaban los coros de irresponsables,  
la tribuna del libre sirvió de plinto  
a su actitud, resuelta de modo altivo;  
aceptando, libérrimos, los compromisos,  
no con las camarillas de los políticos,  
sino con la justicia que iba en sí mismo.*

*Su brazo que luchara resueltamente  
pedía el bien de la Patria, su brazo fuerte  
no quedaba en holganza, fué combatiente  
que con la Patria hechara su propia suerte.*

*Sus huellas son las huellas del que avanzaba  
con la firme bandera, gloriosa y alta  
barriendo, arudo golpe, la barricada  
refugio de las negras almas esclavas.*

*Su indignación fué noble. Puso coraje  
en todos los instantes de su combata  
y en pie lo hallaron siempre, sin vasallajes  
a los prejuicios ni a los halagos fáciles  
las tareas que pedían ciencia y carácter.*

*Todo lo turbio y bajo, toda la escoria  
que es lacra de la Patria, con que se abonan  
traiciones y entreguismos, tiranías sordas,  
espurios privilegios, famas sin honra,*

*Contra el gran Ciudadano, confabularonse,  
y en la sombra, raptando, por mano infame,  
desataron su rabia...corrió la sangre...  
¡La Patria, en él herida, sintió el ultraje!*

*En todo noble pecho grave silencio  
se hizo en la noche; la voz del pueblo  
levantó su memoria, que ha ido creciendo  
transformada en conciencia por su alto ejemplo.*

*Incorruptible  
como las rocas;  
acero limpio de toda escoria;  
firme conciencia  
que se acrisola  
creando un destino de egregias normas.*

*Carlos Luis Sáenz.*

Junio de 1941.

Del trabajo publicado por el doctor Vega con motivo de la muerte del doctor Ricardo Moreno Cañas, hay que tomar la frase que dice: "El mejor sistema para aprender a trabajar, es estudiar como trabajan los grandes hombres", que fué lo que movió a este facultativo a añadir unas líneas a los muchos comentarios que se hicieron en la prensa.

Buenas o malas, humildes o grandes, todas las vidas son interesantes, si quien las estudia, tiene capacidades para hacer el análisis de las fuerzas que nos mueven a actuar.

En el plan de la naturaleza, cada ser tiene algo que realizar, y por eso las biografías, valen la pena por lo que de ellas se pueda sacar para que los hombres vivan mejor.

Aprender a trabajar y poderlo hacer de tal suerte que el trabajo se convierta en gozo, es a lo que todos debemos aspirar. Por lo tanto, juzgo necesario que veamos como trabajaba el Doctor.

Según el doctor Vega, "la energía creadora de Moreno, cuya exis-

tencia para él era predestinada, provenía de la capacidad de captar "con cinco antenas por cinco sentidos", las corrientes universales."

Los psicólogos han añadido un sentido más a los ya consagrados por la ciencia: el sentido muscular, y es probable que éste fuera en el doctor Moreno el que dió a sus manos privilegiadas la maravillosa plasticidad que le permitía manejarlas con una destreza sin rival.

Agrega el doctor Vega, que la vida de Ricardo Moreno es un ejemplo de lo que es la disciplina, de lo que es tener fuerzas directrices y creadoras ofrecidas al servicio de sus semejantes y de que el apetito de conomiento es un apetito de existencia consciente. Nótese que cuando el doctor Vega habla de la disciplina en conexión con el servicio a los semejantes, nos invita a pensar en la gran diferencia que existe entre la disciplina negativa militarizada y destructora y la disciplina positiva, de la cual fué Moreno Cañas un buen ejemplo. La primera no es otra que el orden que obedece a un mandato externo. La segunda, es la resultante de una decisión del ego tomada adrede para conseguir un fin que beneficia a los demás.

En otro párrafo de la biografía escrita por Vega hay un concepto que conviene meditar. Dice el autor que la muerte de Moreno Cañas nos ha hecho pensar en qué "la sabia humana es eminentemente mortal, así sea tan prodigiosa como la de Moreno". En verdad vale la pena pensar que la vida es una cosa que tenemos prestada y que la muerte puede llegar en cualquier momento, no para darle a esto un sentido trágico, sino para vivir la vida, plenamente, al servicio de las mejores causas y poder decir cuando llegue la hora final, lo que dijo Amado Nervo: "Vida, no me debes nada, no te debo nada, estamos en paz."

Como se dijo al principio, lo más importante de cualquier vida es recordar sus obras y los costarricenses deben saber que el Doctor presentó trabajos científicos que han quedado dispersos, tales como: "Apuntes sobre Cirujía Cardíaca con una observación personal", premiada con medalla de oro por la Facultad de Medicina. "Tratamiento operatorio de fracturas", "Extracción de cuerpos extraños del duodeno", premiada con medalla de plata por el Congreso Médico Centroamericanos reunido en Panamá en 1935, y "un caso de genu-recurvatum". Sin duda una de las más bellas y sinceras apreciaciones escritas sobre Moreno Cañas es la del doctor Vega, en que nos comenta lo que escribió. En muchas cosas Vega y Moreno se parecían y sabían tomarle el gusto a las herejías de Momparnase y a la beatitud de San Vicente. Compartían la amplitud de miras de vanguardia y cultivaban amistad con artistas a quienes les ayudaban en todo sentido. Vega sigue silenciosamente las huellas de Moreno sin hacer alarde de talento y pensando siempre en aquel amigo que "enhebraba entre sus largos dedos ágiles operaciones difíciles."

El nos cuenta que la tenacidad, fortaleza y la pasión de Moreno llegaban hasta olvidarse de sí mismo y que después de siete operaciones en un día, se sentó a descansar y se quedó dormido con los zapatos puestos.

Y hay que pensar que nunca trabajó para lucrar, sino para servir.

Mucho hemos hablado de la magia de sus manos; pero sus pies, no fueron menos extraordinarios. Los sostenían por horas y horas hasta recargarse mientras él operaba. Lo llevaron por los mejores caminos del mundo y lo mantuvieron siempre en la posición que correspondía a su espíritu.

Pobres pies que no pudieron nunca descansar para que las manos escribieran todo lo que Ricardo dejó sin escribir.

A mí siempre me dolió la muerte de mi amigo, y podría con el doctor

Vega decir: "Me ciñó el dolor, me hundió el miedo, me tumbó la tristeza"; pero, leyendo lo que Vega ha escrito, he sentido un consuelo al saber que Moreno le tenía horror a la vejez y a la debilidad porque como médico sabía que el dolor físico y la enfermedad todo lo afean.

El deseaba morir súbitamente y dicen que una vez, con ocasión de la muerte repentina de un paciente, exclamó: "Cuánto daría yo por tener una semejante!

Se cumplió su deseo, y los que lo quisimos podemos encontrar en esto una razón para resignarnos, pero no debemos ir por caminos que no fueran los que él nos trazó.

Muchas reflexiones podemos hacer alrededor de su muerte y mucha filosofía, pero es imposible no lamentar que su vida fuera tan breve que no pudiera dejar para la posteridad escrita una obra.

De lo poco que nos queda tengo a mano un ensayo sobre "La Punción Lumbar", que se usa como medio de diagnóstico, como vía para introducción de anestésicos y como medio terapéutico.

En el trabajo del Doctor todo está tan claramente dicho, que aún siendo una persona, lega en la materia y no sabiendo nada del drenaje del líquido cefalorraquídeo en los traumatismos craneorraquídeos, se entiende la forma en que el tratamiento debe hacerse, el modo de aplicar el manómetro y los casos en que urge hacer la punción a los recién nacidos.

Confieso que antes de leer este trabajo, yo le tenía mucho miedo a la punción lumbar y hasta había llegado a creerla peligrosísima.

Ahora se cuán necesaria es en los recién nacidos que tienen convulsiones, y cuán útil en los casos de poliometitis y de meningitis sifiliticas y gracias al doctor Moreno podré en el curso de mi vida ayudar a muchas madres.

Del doctor Moreno dice su amigo de infancia y compañero, Solón Núñez lo siguiente:

"Aún no se ha hecho el estudio ponderado, filosófico, que la vida de Ricardo Moreno sugiere y requiere. La amistad, la admiración y la gratitud han hablado al través de hermosas páginas sentimentales. Sea éste el primer renglón de un ensayo sobre la personalidad más destacada que dió el último cuarto de siglo anterior y de una de las más limpias y gallardas que ha producido la República.

Personalidad es el sello que en el individuo imprimen la herencia, la educación y el medio. Es el conjunto de características que combinadas diferencian a un individuo de otro. La superioridad del hombre depende del número de esas características.

De cuando en cuando las sociedades producen ejemplares en quienes las calidades de linaje alto superan en mucho a las de pobre linaje y aparecen hombres superiores, no por la superlatividad de una condición única, sino por la armonía de un grupo de selectas características.

Ricardo Moreno Cañas fué uno de estos raros especímenes. Hay en nuestro bien conocido ambiente, hombres talentosos; hombres enérgicos; hombres de voluntad; hombres cultos, que no llegan a formar el individuo superior porque tales condiciones se hallan aisladas o desvinculadas, la superioridad de Ricardo la da la extrema circunstancia de encontrarse en él unidos y confundidos el talento y el carácter; el valor, la prestancia y la bondad.

Si la correlación entre las diferentes actividades del organismo se realiza por medio del sistema nervioso central y del autónomo, estimulados ambos por las hormonas al través de la corriente sanguínea y linfática,

hemos de inferir que el doctor Moreno Cañas fué portador del más estu-  
pendo y armonioso juego de glándulas endocrinas.

No había en el hogar de Ricardo Moreno médicos en contacto suyo  
y sí muchos abogados y hombres de letras. Fué pues un impulso interno,  
y no del ambiente, la fuerza que endilgara su pensamiento al estudio de la  
medicina.

¿Obró empujado por un afán de investigación científica o por un  
loable sentimiento de humanidad? Una o ambas cosas pueden haberlo guiado,  
más no la silueta del vellocino de oro que jamás logró perfilarse en el horizonte  
de su vida.

Las enfermedades frecuentes en las familias numerosas como la suya  
y las continuas visitas de médicos devotos podrían haber influido en su  
espíritud, pero pienso que la fuerza que allí lo llevó, fué un profundo sen-  
timiento de amor filial robustecido por el perfume de una religión intensa-  
mente sentida y vivida.

Tal sentimiento religioso dejó profunda huella en el espíritu de  
Ricardo y presidió sus actos; pero era un sentimiento inteligente, razonador,  
analítico, de pupilas intensamente abiertas que supo apartarse de la multitud  
vendada que tejía guirnaldas y llenaba las columnas de la Prensa de loas  
para celebrar con pretextos religiosos una traición, allá en España, fomen-  
tada y sostenida por un ente apocalíptico que debía después colmar de luto  
y de lágrimas y de miseria los pueblos todos de la tierra. ¡Oh ironía! Al  
doctor Moreno Cañas como al doctor Calderón Guardia, de extracción  
netamente conservadora y siempre fieles a sus principios religiosos, la historia  
habrá de colocarlos en las avanzadas del liberalismo donde no podrán encon-  
trar asiento por su pensamiento cavernario ni renegados, ni francmasones.

Pienso pues, que la afición a la medicina nació en Ricardo como  
ella nació en el mundo. La medicina es la más antigua de las ocupaciones  
del hombre porque es tan antigua como el dolor y nació cuando la madre  
angustiada se ingenió la manera de mitigar el sufrimiento de su hijo; y es  
la más noble, porque es la ciencia que más cerca está del sujeto de la crea-  
ción. La ciencia está hoy en condiciones de reivindicar la dirección material  
y moral de las sociedades.

Moreno que llevaba la vocación médica muy adentro del alma fué  
estudiante de nota en la Universidad de Ginebra. La cepa era buena; la  
tierra fértil; lo demás había de hacerlo la educación. El profesor de Anotomía  
sólo le llamaba "le beau garcon". Con un ingénito espíritu universitario  
enseñaba y aprendía que eso es lo que significa ser universitario: afán cons-  
tante en una Universidad y dejar de serlo si en los claustros quedaron  
tanto y creciente de aprender y enseñar. Se puede ser universitario sin haber  
colgados los arrostos de superación. La mesa de trabajo de Ricardo en el  
laboratorio de Anatomía era "rendez vous" de estudiantes de todas las nacio-  
nalidades inclusive del arrogante ginebrino, ávidos todos de observar su  
escrupulosa técnica de disección o en solicitud de los puntos de "repère"  
para sorprender el nervio o la arteria que se escapaban a sus sentidos. Así  
enseñaba Ricardo; y aprendía, cuando la aurora lo encontraba de codos sobre  
Porier y Testut y co moónicos testigos la pipa clásica y el café negro. Así se  
deslizó la vida de Ricardo, enseñando siempre y siempre aprendiendo; aprendiendo  
con afán, enseñando con deleite.

Era el año de 1915. El cañón rugía en Francia. A un gesto del pro-  
fesor Bard, Moreno se traslada a las ambulancias atraído por su cariño a

Francia y a la libertad y por las perspectivas de ensanchar su cultura médica y ahondar su preparación quirúrgica.

Terminada la guerra, Moreno vuelve a Ginebra para hacer su tesis y doctorarse. "Pronteto entregar a la humanidad, a la ciencia y a la patria todas las energías de mi espíritu". Así decía el juramento de las viejas universidades que Moreno juró cumplir y cumplió con honor.

Y después... Después, ya en su patria, Moreno parece haber oído el discurso con que uno de los profesores más famosos de Buenos Aires despedía cada año a los alumnos:

"Si sentís un noble deseo de aliviar los dolores humanos; si en presencia de la miseria y del sufrimiento el ritmo de vuestro corazón se acelera y vuestro espíritu se enciende en llama viva de conmiseración y de piedad; si atraviesan vuestra mente relámpagos de protesta contra las injusticias sociales y arde vuestra alma en anhelos de mejoramiento, de redención, entonces, señores, entregáos sin reparos a la santa obra del médico que es obra de humanidad tanto como de arte y de ciencia; que es y seguirá siendo apostolado y sacerdocio; apostolado de amor, sacerdocio del bien, suscitador de sana vida y de fecundas energías."

forma de cristianismo y no campo de especulación ni de ridículas vanidades.

El ejercicio de la profesión fué para Moreno regalo del espíritu, bella

La fantasía le atribuye milagros y no anda descarrilada la fantasía. Los milagros caben en el círculo de la ciencia más exigente.

Carrel, cuál mayor autoridad, va más allá de lo que la ciencia cree y ha pasado semanas y semanas en Lourdes observando y analizando los milagros. La humanidad sufre más del alma que del cuerpo. La mitad de los huéspedes de hospitales y asilos son enfermos del espíritu: es la preocupación por el pan de cada día; es la vista del hijo enfermo sin asistencia médica; es el amor no correspondido; es el negror de la infidelidad y la intriga; la ambición no satisfecha; la incertidumbre del porvenir; la falta de estímulo; las injusticias sociales... Estas enfermedades del espíritu resisten a las drogas pero ceden ante una palabra de consuelo; un gesto de cariño, una mano que se extienda generosa; una inyección de fe y de confianza.

Moreno que conocía estas enfermedades "sin materia" y el tratamiento psicológico consiguiente, tenía toda una personalidad para imponerlo. Por eso realizó milagros.

El doctor Moreno, talentoso, culto y comprensivo, pronto proyecta la mirada fuera del círculo de la medicina individual, para penetrar en el más amplio campo de la medicina social. Las sociedades como los hombre sufren y enferman; sus males son de la mayor gravedad para la vida de la República. Moreno se lanza a los campos de la higiene, de la sociología y de la economía política.

La humanidad, sólo es, un gran todo orgánico. El organismo social tiene sus raíces en la constitución individual no es siempre el abogado el más apto para comprender los fenómenos sociales y económicos. El estudio de dos al menos de los factores primordiales de la Economía Política, Producción y Consumo, por su relación íntima con el hombre, con su salud y con su vida, son del dominio del médico que hace medicina social y todo médico debe hacer medicina social.

Se discute en el Congreso una Ley Ganadera. Moreno toma participación activa en los debates y se coloca en la cerca del frente. Un hombre público me dice: "¿Qué sabe Moreno de estas cosas"? En su actitud sólo se ve el deseo de oponerse a las iniciativas del Gobierno. Pero a Moreno no le

importaba la simpatía o antipatía del Gobierno, sino la salud y el bienestar de la nación conforme su leal entender. La carne es un alimento de primera necesidad y es llevar al pueblo a la desnutrición y a la tuberculosis si un artículo de tal importancia se pone fuera de sus posibilidades económicas. Observando los valiosos edificios a veces verdaderos palacios, para hospitales, sanatorios y dispensarios, asalta la mente la idea de que el Estado y la sociedad han dado a manos llenas al individuo enfermo lo que egoístamente niegan para que no enferme. Algunas veces claman contra los presupuestos burocráticos; pero han meditado los críticos, que dar trabajo a quien lo necesita constituye el primer capítulo de todo programa de bienestar social? Pues no ha llegado Roosevelt hasta pagar a legiones de sin trabajo? Lo que sí no tiene justificación y es obra antisocial es levantar con fines políticos edificios gigantes en desproporción con las necesidades reales y posibilidades económicas del país.

Moreno fué en el Congreso antorcha luminosa. El no era orador, pero la fuerza de sus convicciones lo improvisaba orador. El personaje griego corrigió su deficiencia vocal con los guijarros de la playa; el nuestro la corrigió sintiendo hondo y pensando alto. A la boca no le quedaba más camino que obedecer. Su oratoria era clara, desprovista de ripios y de existencias literarias. Era más fruto que flor. No se le habría ocurrido como al Presidente Avellaneda malquerer a su Ministro porque le había hecho comenzar su discurso con un gerundio.

Agradaba y convencía. Arrastrar...eso es ya diferente. Ante la muralla de los intereses creados y por crear la razón vale poca cosa. Por eso tenía admiradores pero no prosélitos.

La medicina de hoy es una ciencia eminentemente social y para cumplir su deber en las sociedades modernas, el médico debe poseer además del arte técnico una vasta cultura integral que le permita entrar hondo en las causas de la patología social e influir benéficamente en su solución.

El doctor Moreno no podía ser indiferente a las actividades cívicas. Una vez más parece haber oído la misma voz argentina, la de un consagrado a la medicina continental dirigiéndose a sus discípulos:

"Haced política". Pero la grande; la política del progreso educacional; del mejoramiento económico de las sociedades; de la higiene y la salubridad pública; la de la sabia previsión que ha de llevar al país a sus grandes destinos."

Moreno quiso hacer de la política un oficio inteligente y honesto.

Subió a la cumbre y señaló a sus conciudadanos una ruta.

El camino era estrecho y la cuesta empinada; a qué subirlo si al lado estaba la senda amplia y pavimentada de los triunfos fáciles?

Espíritu analítico dotado de un admirable criterio, jamás aceptó nada sin someterlo de previo a riguroso examen.

No daba una opinión, sino después de maduro estudio reforzando su criterio con el criterio de los tratadistas. El edificio "*La Arena*", sabe de horas muy largas pasadas en la biblioteca consultando autores sobre asuntos de medicina legal. Su doctrina fué de lucha abierta contra todo lo que significaba opresión, injusticia, deslealtad. Comunista se le llamó. Comunista como Roosevelt, como Santos, como Aguirre Cerda, como Calderón Guardia, como todo gobernante que ponga el grueso de sus miradas en el bienestar colectivo; que piense en la nación más que en el país; en el individuo más que en el Estado. Afortunadamente para el mundo las doctrinas de Cristo no se llamarán más comunismo. La invocación insincera del fantasma rojo

no arrendrara más a las multitudes torciendo su pensamiento y los pueblos se darán los gobiernos en cuyas manos queden mejor garantizados el respeto de sus instituciones y la felicidad del individuo y de la familia.

Es de pensar con cuánta complacencia él, que vió tan de cerca la miseria de los hogares; él que supo de la explotación del obrero y del camesino; él que sabía del perjuicio que se irroga a la vitalidad de la nación con el abuso de las fuerzas de la mujer y del niño, habría contemplando esta hermosa evolución social reivindicadora de los derechos del hombre y propulsada por un colega a quien él tanto distinguiera.

¿Y el hombre? Jamás la palabra varón estuvo mejor aplicada que a este ejemplar tan masculino de la especie. Sus ideas valían porque detrás de cada una de ellas había un hombre. Hay tanta simulación en el mundo; es tal la insinceridad del ambiente; es el cinismo tanto que en mi espíritu no logran afianzarse las líneas de un prestigio científico, literario o político, mientras ellas no sean asesoradas por una personalidad sana, verídica, austera y caballerosa.

Fuerte, jamás hizo ostentación de su fuerza; íntegro, jamás hizo ostentación de su integridad; sabio, jamás hizo ostentación de su sapiencia. Ingenuo, de puro bueno, a veces se percató tarde de que algunas manos le quemaban los dedos.

Probidad moral fué la más alta virtud de Moreno Cañas. Probidad moral, es verdad, es sinceridad, es lealtad, es valor, es honestidad; es no morder la mano que ayer se extendió generosa, ni besar la que la víspera lo fustigara.

Odió la lisonja. Adular al que tiene en su mano el poder de dar o quitar es falta de pudor; estimular la adulación de los de abajo, es flaqueza de espíritu.

Moreno anduvo siempre por el centro de la vía con la cara al sol. Era hombre definido. Jamás nadie lo vió por entre vericuetos y encrucijadas. Era amigo franco y franco enemigo. En el combate llevaba el trabuco al hombro y no la daga entre los pliegues del vestido. Jamás vaciló ante el miedo ni se rindió ante el halago. Es una puñalada en el corazón de la República, dijo un hombre eminente a la vera de su cadáver; al mismo tiempo que una voz lejana, muy lejana, balbuceaba: la República ha sido herida en la persona de su Ángel Guardián. Porque Ricardo Moreno era el Ángel Guardián de la República y ha de seguir siéndolo. Que desde el cielo su espíritu alerta no permita que jamás se infiera a la República la estocada fatal que habría de terminar con su existencia.

Jamás se ha visto una manifestación mayor de duelo, transmitía la prensa. Sin embargo comentaba la misma voz lejana: Lástima que la multitud incontable que siguió su féretro no hubiera seguido al hombre cuando el alma se agitaba dentro de su pecho y agregaba: qué sola estaba la casa de Ricardo Moreno aquella tarde cuando cansado, sudoroso, herida el alma por la pasión infame de la bandería política vino de Puntarenas. Pero la casa no estaba tan sola como para juzgarla desierta: que allí lo esperaba el grupo de sus amigos de siempre y en medio de ellos la apolínea figura del discípulo bien amado, de Carlos Manuel Echandi, juventud pulcrísima, esperanza y realidad de la nación, bondad hecha carne que selló su amistad indisoluble siguiendo al maestro a la eternidad. La historia los asociará siempre después de muertos, como asociados estuvieron en la vida.

Muchas son las anécdotas que se cuentan sobre el doctor Moreno y que pueden dar una idea clara de cual fué siempre su temperamento. Dice don Francisco María Núñez que en el año de mil novecientos diez, a raíz de haber ga-

nado el doctor Moreno "La Copa de la República", (en una carrera maratónica, porque el doctor fué un gran deportista), salió para Londres dispuesto a estudiar medicina. Previamente se había puesto de acuerdo con un antiguo amigo, Dn. Virgilio Calvo, quien hacía un curso de sastrería y corte en Londres. Nuestro amigo Dn. Virgilio debía ir al muelle a buscarlo; pero el caso es que llegó tarde.

El Dr. descendió del barco, buscó a su amigo por todas partes, y lejos de descorazonarse por no haberlo encontrado y por no conocer a nadie en aquella tierra de las brumas, cuyo idioma no dominaba completamente, nechó a andar con su baliya al brazo, sin darle mayor trascendencia a lo ocurrido.

Acongojado el amigo por el atraso que había tenido, llegó al consulado costarricense, después de infructuosa búsqueda en los muelles, y se encontró allí con Moreno Cañas, quien había recorrido siete kilómetros sin detenerse y sin sentir cansancio a pesar de que el equipaje no era liviano y de que la distancia del consulado al muelle era considerable.

Nos dice Dn. Francisco María, a quien le refirieron el hecho, que cuando el amigo Virgilio le dijo: "¿Pero porqué no me aguardaste un poco?", el contestó: Para ganar tiempo y experiencia. Acaso en la vida he de ir siempre bien acompañado?"

Este hecho sencillo revela aquel temperamento maravilloso que hizo que Moreno jamás se atuviera a que otro resolviera las cosas por él.

El siempre estudiaba con un criterio analítico todos los problemas, grandes, o pequeños, y una vez que había visto claro, el camino a seguir, nada lo detenía en su marcha.

Hay otra anécdota que lo demuestra. Una vez, se reunieron seis médicos en consulta para decidir si se procedía a ejecutar una operación o no. Circo de ellos opinaron que no había necesidad de una intervención quirúrgica. Contra esas opiniones, el Dr. expresó la suya y luego se comprobó que él tenía razón.

La firmeza de este hombre descañaba en el poder de su intuición. Pero no era en forma alguna, manifestación de fuerza ni de dureza, porque se conmovía con una gran facilidad, como lo revela la anécdota a que se refirió Carmen Iyra en "un discurso que no se dijo", y la que a continuación voy a referir: Había un hombre en una villa de Guanacaste que sufría de una pierna y estaba imposibilitado para caminar. Llegó de San José un agente viajero y se puso a conversar con el inválido, a quien trató de reanimar diciéndole que el Dr. Moreno Cañas, residente en San José, podía curarlo.

El caballero a que nos referimos le dijo al agente; que ese Dr. debía cobrar un capital y que por lo tanto había que descartar la idea de consultarlo. A esto replicó el agente: "Búsquese los pases y ya verá". Llegó a la capital el paciente con una tarjeta del agente viajero presentándosela, y al punto, el Dr. lo internó en el hospital, no en una sección de caridad, sino en una pensión, por la cual pagaba el propio Dr. Meses después salió de allí completamente restablecido y sus dos piernas se movían con igual soltura. Fué donde el agente viajero a quien debía la desición de venir a buscar su curación, Ya no me conoces? dijo al ver que su protector lo miraba asombrado porque no había el menor rastro de la cojera. Vengo a darle las gracias, agregó. Figúrese que su amigo al darme de alta me puso dinero en el bolsillo para que regresara a mi pueblo. No se como pagar tanto.

Fueron muchos los casos semejantes a este, porque puedo afirmar que si hubiera tenido que vivir de los pacientes que yo, personalmente, le envié, para que los atendiera, no habría podido reunir fondos ni para pagar la casa en que

vivía. Su afán de evitarle congojas a sus semejantes era su mayor preocupación y eso deja ver a las claras esta otra anécdota.

El Dr. llegaba siempre antes de la siete al hospital. Cierta ocasión, siendo él el jefe de la sección de cirugía, se acercó a una sala donde un médico joven tenía listo para operar un caso de suma gravedad. Con gran sorpresa de aquél, le pidió el Dr. que lo dejara llevar el bisturí. Al terminar y dándose cuenta del asombro del colega por su manera de proceder, lo llamó aparte y le dijo: Mire, este era un caso muy delicado, y el paciente podría haberse quedado en la mesa de operaciones. El riesgo era igual para Ud. como para mí; pero yo estoy viejo, y nada hubiera perdido con la falla. Para Ud., habría sido un acto decisivo en la carrera que inicia. Solamente quise quitarle de las manos un peligro inminente.

Sería imposible narrar todas las anécdotas interesantes de una vida fecunda como fué la del Dr., y para terminar me voy a referir a una que tiene especial trascendencia, porque hay que convenir en que no son las universidades las que hacen a los hombres, aunque estas sean medios extraordinarios y eficientes para proporcionarles a los seres bien dotados, un campo propicio para realizar sus experiencias. El super-hombre es algo que no determinan únicamente los factores herencia, ambiente y educación. Hay algo suprasensible en el super-hombre, que le permite captar la verdad, dar en el blanco, adelantar los acontecimientos y acertar con absoluta precisión, como lo demuestra esta última anécdota. Había un campesino que sufría constantemente de un dolor de cabeza y que se presentó un día al consultorio del Dr. quien después de hacerle un examen, le preguntó si alguna vez había recibido un golpe, y el interpelado le contestó al Dr.: "Una vez, al enyugar los bueyes, hicieron un movimiento brusco, y recibí un golpe en la cabeza. Poco después comencé a sufrir de un dolor espantoso". El Dr. le dió una tarjeta para que se internara en el hospital y a los pocos días le hizo una trepanación y colocó en la cavidad abierta un pedazo de guante en desuso, muy bien esterilizado.

Esto causó no poco estupor en algunos de sus colegas. Más de una sonrisa maliciosa se dibujó a hurtadillas. Siete años después el eminente doctor Sharp hacía lo mismo en el hospital de "San Juan de Dios".

Las operaciones que hizo gratis fueron sin cuento, y bien podría haberse enriquecido mediante la maestría con que llevó siempre el bisturí; pero lejos de acumular dinero, en más de una ocasión le dijo a un amigo íntimo (facíliteme dos colones, para ir a la barbería, que como de costumbre, no llevo un medio en el bolsillo).

El amigo que solía hacerle estos préstamos y que lo visitaba diariamente sabía que sobre el escritorio del Dr. estaban las cuentas a cobrar, que el olvidaba entregarle a la enfermera.

No trabajó jamás por dinero sino por amor a la ciencia y deseo de servir a la humanidad.

---

## MONUMENTOS

Desde la primera semana de la muerte del Dr. Moreno Cañas, un grupo de amigos sintió el deseo de levantar un monumento a su memoria. Se hizo una convocatoria a toda la ciudad de San José, para que contribuyeran a la realización de la obra. La primera iniciativa fué lanzada por la "Escuela Porfirio Brenes". Se dijo que el monumento debía levantarse a la entrada del "Paseo Colón" frente al Hospital "San Juan de Dios". También hubo la idea de levantarlo en el parkesito situado frente al hospital o sea el Parque Carrillo.

Muchas reuniones se celebraron en el Almacén "Castro & Quesada", todos los miércoles por las noches, con el objeto de mantener viva la llama del entusiasmo con respecto a perpetuar en mármol o en bronce el recuerdo imperecedero del Dr. Moreno Cañas.

El artista nacional don Juan Portugués, presentó un proyecto, miniatura en yeso, que consiste en un pedestal de mármol, al pié del cual, aparecen los Drs. Moreno Cañas y Carlos Manuel Echandi, absortos ejecutando una intervención quirúrgica.

Sobre el pedestal se levanta una columna en la que descansa la figura de una mujer que simboliza la ciencia y sostiene con ambas manos un reloj de arena, símbolo del tiempo; una serpiente arrollada al reloj, símbolo de la eterna evolución, que sufre por etapas transformaciones determinadas por leyes sociales, a las cuales están sujetos tanto los individuos, como los pueblos, y una llama que representa la verdad que ilumina.

Hay otro proyecto muy complicado en el cual el escultor representa la ciencia ayudando al hombre.

Una comisión integrada por Dn. Gonzalo Pinto Hernández, Dn. Santiago Crespo Calvo, Dn. Rodrigo Perera, Dn. Eduardo Hütt, Dn. Roberto Thompson y Dn. Guillermo Valverde, fué nombrada para recaudar fondos a fin de que se procediera inmediatamente a la erección de un monumento, después de escoger, entre los proyectos el mejor de todos, pero a nada se ha llegado.

Recuerdo haber visto la majestuosa cabeza de Ricardo, ejecutada por Lily Artavia y haber sentido el impulso de sacarla del escaparate donde la exhibían para colocarla sobre la enhiesta cumbre de nuestra cordillera, para que la pequeñez de la politiquería no llegara hasta él.

No me pareció bien aquella cabeza en un pedestal pequeño detrás de una vitrina. Yo no puedo concebirlo sino desafiando todas las tempestades y todos los vientos y recibiendo las corrientes atmosféricas que se cruzan en todas direcciones. Su amplia frente estaría muy buena para que en ella resplandecieran todas las auroras. Sus ojos escrutadores, para que clavados en el horizonte nos dieran siempre el ejemplo de tenerlos abiertos hacia un porvenir mejor. Ojalá no nos sorprenda el año entrante sin haber erecto el monumento de que tanto hemos hablado, porque es necesario que las juventudes venideras lo conozcan y lo amen como lo hemos amado nosotros.

Joquín Fernández Montúfar, cuya pluma prestigiada escribió obras de valor, y cuya amistad con el Dr. fué como una urdidumbre de damasco y tuvo un temple toledano, dijo, recién muerto Ricardo Moreno Cañas: "que aquel ciudadano egregio había entrado siempre a las refriegas con espada de caballero, por lo cual disfrutaba de inmunidades absolutas, y que al esculpir una estatua para el Dr. debía pensarse en que fuera como aquel bloque mármoreo que vitalizó el cincel de Miguel Angel, donde aparece la imagen tenebrosa de la noche recostada sobre la tumba de Lorenzo de Médicis, en actitud desgarradora y con los ojos sellados, para no ver más el dolor y la vergüenza de la patria".

Ni este monumento, ni ninguno otro ha pasado de ser un artículo de la prensa. Una vez se efectuó una total reorganización de los comités pro-monumento, al Dr. y se integró un comité lujoso, con los nombres de Dn. Ricardo Jiménez, quien, cuando murió el Dr. dijo: que su muerte significaba una puñalada en el corazón de la patria, de Dn. Alberto Echandi, Dn. Juan Dent, Dn. Jorge Hine, Dña. Amparo de Zeledón, Dn. José María Pinaud, Dn. Stanley Lindo y Dn. Max Jiménez. Se reanudaron las labores y surgió de nuevo el entusiasmo por convertir en una realidad el sueño de muchos costarricenses y entonces un fundidor Dn. Rafael Angel Elizondo, ofreció gratuitamente sus servicios, para contribuir a eternizar la memoria del prestigioso cirujano; pero to-

davía está Dn. Rafael Angel en espera de la resolución del Comité. Dn. Amado Naranjo Rivera, siendo Inspector Provincial de Escuelas se dirigió al Dr. Alejandro Vargas Araya, en su carácter de Secretario del Comité, para comunicarle que los maestros y los escolares estaban dispuestos a contribuir voluntariamente, y en las medidas de sus fuerzas, para levantar un monumento al Dr. que tanto había servido a los escolares de San José.

En setenta y cinco mil colones se calculó el monumento al defensor de la Democracia costarricense. Se hicieron veladas en las escuelas. Recogió dinero la sociedad "Lina Odena". Celebraron las alumnas del Colegio Superior de Señoritas, una velada en el Palace y otra en el Raventós; contribuyó más de un centro deportivo, el Club Sport "México", el Comité Obrero, Maestros Unidos, Los Trabajadores de Costa Rica, y muchos particulares, la Liga Nacional de "Base Ball" y algunas escuelas y todo esto manifiesta que en el corazón del país, palpita el de aquel gran hombre, pero nos falta constancia, nos falta la tenacidad de Hortencia Zelaya, que jamás ha desmayado en su afán de realizar esta obra. Su ejemplo debía ser una norma de nuestra conducta porque ella no se ha cansado jamás de convocar a los alumnos y a los maestros para que unan sus fuerzas y acojan con cariño la idea de honrar como se lo merece, la memoria de quien supo ponerse incondicionalmente al servicio de los niños de las escuelas de San José y muy especialmente de los más pobres.

La Prensa de Guatemala que se hizo eco del noble propósito de honrar a un hombre que ellos consideraban, no un costarricense sino un centroameri-



*La Ronda de los Niños*

cano, consideró una obligación indeclinable perpetuar el recuerdo del varón, que de no haber sido asesinado habría llegado a ocupar la primera Magistratura del país.

Don José Angel Coto, amigo del doctor y excelente médico llevó, la palabra en el Congreso para pedir la dispensa de trámites y apoyar el movimiento popular, que está aún en fermento, para que se levante, en bronce o en mármol una estatua al ciudadano justo que conquistó el derecho de immortalizarse.

Yo siempre he creído que si el doctor pudiera opinar sobre el asunto tan discutido del monumento optaría porque en su nombre se hiciera un play ground, donde los niños raquíuticos, pobres, condenados a vivir entre cuatro paredes, pudieran recibir la luz del sol, saltar sobre trampolines, bajar y subir los toboganes, hacer piruetas, dar vueltas de carnera, tenderse sobre el césped y descansar, en una sombra proyectada por algunos pinos, erguidos junto a una fuente, donde estuviera, modestamente, tallada en bronce su cabeza de doctor. Esto se averdría a la manera de ser de un hombre *que no quiso nunca la ostentación*. La ciudad de San José aumenta en población pero los niños no tienen el derecho de jugar en los parques, de patinar, ni de divertirse.

Como se sonreiría el doctor viendo a los chiquillos jugar y con qué complacencia los recibiría cuando fueran a la fuente, adormecida por la música de los pinos, a apagar su sed.

En el primer aniversario del asesinato del doctor Moreno se organizaron actos cívicos para rememorar al ciudadano benemérito y al ilustre hombre de ciencia. Miles se asociaron al homenaje.

Delegaciones de Colegios y Escuelas, Asociaciones obreras y deportivas, Asociaciones culturales, Juntas progresistas y particulares formaron el conglomerado que honró su memoria. Se tocó el duelo de la Patria. Se cantó el Adió de Schubert, el Avemaría de Percy Kahn con violín obligado y el Jesús al pié de la Cruz. A los acordes de la marcha fúnebre de Chopín, cantaron las alumnas del Colegio Superior de Señoritas, y en la Oración de Duelo unieron su pensamiento todos los ciudadanos de Costa Rica. A iniciativa de su colega, la doctora Marieta Rímola se convino en que hubiera una guardia de honor junto a la tumba del amigo durante toda la mañana.

Fué el espíritu de justicia el que puso en pié a la República para que el país entero se movilizara por segunda vez y acudieran a la Iglesia Metropolitana todos los fieles que desfilaron hacia el cementerio. Más tarde hicieron acto de presencia en el bautizo de la calle veintiuno Sur y en la asamblea fúnebre en el Estadium del Colegio Superior de Señoritas. Este día el ex-Presidente Jiménez hizo importantísimas declaraciones a la Prensa y consagró unas frases, de gran valor, como todas las suyas, para la tumba del doctor Moreno. He aquí parte de las declaraciones de nuestro gran hombre, don Ricardo. "Si yo dijera que tengo hacia su memoria un tributo de agradecimiento porque fué mi médico en horas aciagas de mi hogar, o porque recibí en varias oportunidades sus desinteresados servicios de profesional altruista y generoso, no haría más que reconocer solamente ese lado luminoso de su vida que con ser mucho no lo es todo. La memoria del doctor Moreno Cañas debe ser siempre recordada con devoción porque es la memoria de un hombre ejemplar en la vida ciudadana de Costa Rica. Defendió siempre a su país en la forma que creyó más justa aún con su propio sacrificio. Fué valiente para expresar su pensamiento en donde quiera que había que hacerlo. Reconoció los méritos de sus enemigos y procuró siempre darle a cada quien lo suyo. Fué, pues, humano, desinteresado, patriota y buen amigo.

Recuerdo que una vez me contó que se decía que él estaba con el comunismo porque le extendía su mano al diputado comunista Manuel Mora. Y agregó, que él no era comunista, no participaba de esos ideales, pero que apreciaba en su verdadero valor al diputado señor Mora, porque éste era leal y sincero, franco y estudiaba los asuntos nacionales y sabía enfrentarse valientemente en las discusiones con la fluidez de una palabra bien pensada y oportuna. Yo admiré al hombre que reconocía la verdad donde quiera que ésta se encontrara, así fuera, en el campo opuesto. Y que quien así procedió en la vida, bien vale que los

costarricenses le rindan el mejor de los tributos. No todos los días pasan por nuestros anales las figuras preclaras de un doctor Moreno Cañas”.

De lo mucho que se dijo en ese primer aniversario debemos recordar siempre unas frases de Ricardo Fournier Quirós que expresan, en parte, el éxito con que Ricardo Moreno usó sus manos. Dice Ricardo que era la piedad la que lo inclinaba sobre los cuerpos convulsos y exánimes en ansia de darles el soplo de resurgimiento; pero también su valor mantenía firme y ágil la mano prodigiosa, guiada quien sabe por cual divinidad propicia, en sus incursiones por los más intrincados rincones del complicado mecanismo humano en su misión de extirpar lo maligno, y agrega que era su compasión lo que lo movía a comenzar la obra; y era su varonilidad, su tranquilidad ante la muerte, lo que lo animaba durante la faena sutil de rectificar la obra más perfecta de Dios, el hombre. El alma del cirujano como Moreno Cañas semeja una lira: sus cuerdas finas de acero, sensitivas, están prontas a recoger cualquier vibración del dolor ajeno; y a la vez, son firmes para resistir la emoción y el temor y dejar despedido el pensamiento y libre de temblores la mano.

Y esas características del cirujano, que ponderan las circunstancias y decide con firmeza, eran las que lo perfilaban también como gran ciudadano. Su sentido de abnegación lo llevaba a emprender campañas de bien público; y su rectitud severa lo mantenía en el puesto de lucha sin concesiones cobardes, aún conteniendo palpitaciones de su corazón magnánimo.

Todos los periódicos del país participaron en el primer aniversario de su muerte, demostrando así, que el doctor Moreno no abrió surcos en terreno estéril sino que arrojó la semilla en un suelo propicio porque él vive en el alma del costarricense. Porque el pueblo rodeó su tumba para sacar de su dolor fuerzas para la lucha cotidiana, para exaltar la verdad y la justicia, para fortalecer su fé y renovar su promesa de seguir el camino señalado por el doctor.

Con frases galanas, dijo al año de muerto el Dr., el editor del “Diario de Costa Rica”, lo que extracto de su discurso por parecerme de valor permanente. “El doctor Moreno, como una de las más pulcras figuras de la democracia costarricense, de tan patricio decoro, y en ese carácter, capitán que se mantuvo en limpia y brava lucha sin mirar por donde apuntaba la victoria, hay que confesar con amargura que vivió apenas escoltado a la devoción de los menos el costarricense no siente el amor de la lucha con desinterés, sino que ama tan solo la victoria —pronta, material y fácil— y el afán de conseguirla lo pone muy por encima de las convicciones. En este apostolado personal, en su significación humana, Moreno Cañas no fué un triunfador. Como era un combatiente sin avisorar el éxito de sus batallas, estas no podían atraer el mayor número y se encontraban además, las naturales resistencias de los intereses afectados. Ahora le lloramos, sin duda con llanto sincero, como a un malogrado conductor de pueblos; pero es lo cierto que la ciudad, que siguió abrumada y compacta detrás de su féretro, no quiso irse detrás de sus ideas.

Si la nacionalidad lo hubiera apreciado en su condición auténtica de guía y aliado de sus más caros intereses, que abandonaba el Laboratorio y le daba la espalda a la fortuna para venir a servirla; si se hubiera hecho el precelitismo alrededor de su nombre, de sus principios, y, sobre todo, de la aplicación de éstos a la conducta, a estas horas la colectividad recibiría el robusto aliento de un nacionalismo fecundo y constructor. Se habría erguido un núcleo vigilante de opinión pública y la ética de los hombres habría cerrado la ruta oscura por donde hacen el tránsito los apetitos y los intereses.”

El segundo aniversario puso en evidencia que el pueblo costarricense a pesar de sus múltiples defectos, no adolece de ingratitud. Hecho el llamamiento a los profesionales, a los maestros y a las gentes de todas las clases sociales, se

vió la respuesta espontánea e inmediata de todos para hacerle justicia a un nombre que está escrito en el alma de todos y cada uno de los que tuvieron el privilegio de conocer a quien supo llevarlo con decoro y con prestancia. Se repitieron actos semejantes a los del año anterior y el Gobierno del Dr. Calderón Guardia prestó todo su apoyo para que tuvieran lucidez todos los homenajes.

La asociación de escritores y artistas de Costa Rica, se unió a todas las que el año anterior habían formado el núcleo social, que compactó sus fuerzas para rendirle pleitesía a las ideas sustentadas por un pro-hombre a quien ha llegado a estinguirse más después de su desaparición y al correr los días.

Como en años anteriores, la Facultad de Medicina acordó participar en los actos conmemorativos invitando a todos los miembros para que concurrieran a las honras fúnebres. Se guardó un minuto de silencio en toda la República y en la noche a las siete y desde la estación radioemisora "Alma Tica" disertó el Diputado Mora sobre la meritísima labor del Dr. Moreno. Emocionantes y bellísimas las palabras del Lic. don Carlos María Jiménez que pueden condensarse en esta frase inmemorable: "El Dr. era un hombre que estaba por sobre toda limitación y escapaba a toda medida y a todo paralelo. No existió nada en que no superara su inteligencia, su bondad, y su temblanza a las de quienes con él compartimos las vicisitudes. Vivía en perpetua inquietud por los demás y se olvidaba de sí mismo.

En ese segundo aniversario se asociaron a los demás los señores Rotarios y se vió con claridad que los símbolos que crean los pueblos, por medio de los valores humanos que surgen en el curso de su desenvolvimiento, deben tener un sentido constructivo. De las palabras del ex-Diputado señor Eliseo Gamboa, me parece justo extraer el siguiente párrafo: "Alguien ha dicho que a los grandes hombres para apreciarlos en la plenitud de su grandeza, hay que alejarse de ellos, como de las grandes cumbres, que mirándolas de lejos, se aprecian mejor. Ese es el caso del Dr. Moreno Cañas, mientras él vivió, tuvo el coraje de un verdadero gladiador que a golpes formidables, fué pulverizando todas las partes podridas de un carcomido edificio social que él consideraba que era necesario reformar. Si se estudia la vida entera del Dr. Moreno Cañas, toda ella tiene los matices de un verdadero apostolado. Entre los científicos, el primero: pone toda su ciencia al servicio de los que sufren sin preocuparle nunca la recompensa material. El placer suyo era salvar la vida de la madre, para reintegrarla sana al seno de sus hijos; curar al niño, y pasar días y noches enteras a su lado, para devolverlo al hogar y llevar la felicidad a sus padres. Realizado ese trabajo, él consideraba que sus servicios estaban más que pagados, con sólo la alegría que le proporcionaba el saber que su ciencia y su esfuerzo contribuían a hacer felices a los demás. Murió pobre, después de haber tenido la mejor clientela médica que facultativo alguno haya tenido en el país y de servir puestos eminentes que la República otorga a sus mejores hijos.

Era en sus discusiones en la Cámara un formidable polemista. Maravillaba con la lógica indestructible de su argumento. Los más ilustrados abogados del Congreso se encontraban en dificultades cuando polemizaban con él en asuntos de derecho, a pesar de que su campo era el de la Medicina. La vida de Ricardo Moreno Cañas no terminó con la muerte. Al desplomarse su cadáver se alzó un pedestal. La Patria está huérfana de valores que nos enseñen a vivir intensamente al servicio de los demás y a morir, por un principio de superación y de justicia social."

Sin duda alguna don Eliseo Gamboa ha dicho la verdad, porque es triste que entre la presente generación no descuelle alguien por su deseo de resolver los problemas de orden económico y político cuya solución emprendió con verdadero acierto. Ahora que se ha iniciado un movimiento dirigido por el "Club

Juventud Unida", quizá surja alguien con capacidades para luchar con denuedo porque algún día el reino de los cielos, de que tanto nos hablan las religiones, se establezca en la tierra, teñida en sangre por el odio y el egoísmo de los hombres que se aferran a la idea de castas y privilegios para los poderosos en detrimento de los pobres. Hace algún tiempo brilló en el horizonte de Costa Rica una luz cuando algunos, de inteligencia clara, de buen corazón, y de buenas intenciones, se asociaron para abrir un surco en el corazón de sus conciudadanos. Desgraciadamente cayó en él, una que otra semilla de mala calidad que dañó, en parte, a las buenas y sanas, y el noble esfuerzo de los más se perdió por la ambición mezquina de los que quieren escalar posiciones políticas y olvidan el nobilísimo fin con que se asociaron.

Cuando los jóvenes no tengan como objeto principal de su vida conquistar el derecho a ocupar una curul, sino prestar los mayores servicios a la República, podremos decir que se empieza a transitar por el camino que con su sangre abrió el Dr. Morenó Cañas.

Si algún día se llegara a realizar el sueño de don Miguel Chaverri, para que el barrio de La Pitahaya se convirtiera en el barrio Morenó Cañas, para hacerle honor al benemérito que fué prez y gloria del país, ese barrio tendría que responder al tipo de ciudad con que él soñó. Es decir: una ciudad sin casuchas, llena de play grounds, con escuelas modestas, pero limpias, y rodeadas de jardines, con talleres para que los niños se entrenen en el adiestramiento de sus manos, con campos de juegos y pilas de natación, con clínicas dentales, clínicas de nutrición y clínicas infantiles para atender a los niños enfermos o accidentados. Una ciudad con bibliotecas y teatro guignol donde se pudieran representar las fábulas de Iriarte, las de Esopo y las de Samaniego. Donde un dibujante, del tipo de Walt Disney, ilustrara los cuentos de mi Tío Panchita, y donde se llevaran a la pantalla las maravillas de la vida de los insectos, la belleza de nuestras orquídeas, de nuestros ríos y bosques.

En el segundo aniversario de su muerte el joven don Rodrigo Facio, hijo del inolvidable profesor, cuya patria se disputaron dos países, Costa Rica y Panamá, el poeta don Justo Facio, dijo en el atrio de la Catedral palabras que han de pasar a la historia y que quiero dejar aquí consignadas: "Tuvo ilímite anchura en la mirada, y supremo vigor en el espíritu."

Fué definido, ardoroso, irreductible, en todas las ocasiones él mismo y en cada momento auténticamente lo que la noble entraña le ordenaba que fuera. No sintió nunca anudarse a su garganta la gris cinta del miedo, ni palpar jamás su corazón en busca de las propias conveniencias. Sin consultar oráculos políticos, ni echar cuentas en libros mayores de provechos y ventajas, movido sólo por la rica energía de su existencia, que le bullía en el pecho, y le encendía una lámpara en la frente y le hinchaba de impulso las muñecas. Cómo sintió—así dijo, y cómo pensó así hizo. Este Doctor político, que fué máximo estadista en el salón de operaciones y rotundo cirujano en la Sala del Congreso, descubrió para los jóvenes mejores direcciones: cabe asegurar, sin duda alguna que señaló definitivamente a las generaciones nuevas, cual la actitud honrada y valerosa a mantener en adelante para el bien de la República: no más retórica ni más complicidad; ahora: denuncia empeño sacrificio."

Don Joaquín García Monge, el mentor de las juventudes costarricenses, el santo laico, el hombre que ha hecho de su oficina un abrevadero para todos los que han sed de justicia, pronunció en el cementerio, en el segundo aniversario unas palabras que dejaron huella en mi corazón y que todos los costarricenses deben tener presentes para morir en paz y satisfechos de haber cumplido con los deberes cívicos. Si mal no recuerdo dijo, tal vez

con otras palabras: "Ojalá, los que hoy nos congregamos aquí para evocar el recuerdo de este varón ejemplar, hagamos el propósito de vivir, como él en actitud vigilante, salvaguardando la vida y la hacienda del prójimo, levantando a los débiles y apelando a los principios de orden superior para que los fuertes basen su poderío en la capacidad espiritual y no los bienes materiales.

Muchas veces estas palabras y el recuerdo del Doctor han inclinado el platillo de mi balanza en favor de los intereses de la inteligencia y del bien y pienso que si todos los que amamos al Doctor iniciáramos el día con este pensamiento y con la intención de poner el pie donde él lo quitó, para seguir fielmente la trayectoria que culminó con una muerte, que si bien es cierto que desconcertó al país, fué también rápida como las decisiones que él tomaba y carente de la angustia que toda anticipación trae consigo.

Sus colegas el doctor Carlos Sáenz Herrera y don Gonzalo Cubero hicieron uso de de la palabra para encomiar sus virtudes y don Alberto Cañas, aludiendo a la crisis de humanismo y de democracia que ha azotado a Europa y por reflejo al continente americano, se señaló la figura de Ricardo como la brújula admirable que debe orientarnos.

El mosaico fotográfico de los periódicos, en donde aparecen los retratos que captaron las diferentes manifestaciones de orden cívico, reafirmaron la gratitud que por el homenajeadó se mantiene vivo.

En la noche de ese mismo día se celebró una asamblea en el Colegio de Señoritas y el doctor Eduardo Fournier, ante una numerosa asamblea, en el momento en que tuvo lugar la entrega de un magnífico cuadro al óleo, retrato del Doctor, que la Facultad de Medicina ofreció a la familia del extinto, aludió a aquel compañero estimabilísimo, el doctor Carlos Manuel Echandi, cuya vida y destino estuvieron siempre vinculados al del médico más capaz de Costa Rica. No seríamos justos si al hacer la biografía de Ricardo Moreno, olvidáramos a un compañero de labores, que fué víctima inocente de no sabemos que trama, urdida maquiavélicamente, para quitar al Doctor del camino.

Carlos Manuel Echandi, así como Viriato Figueredo, fueron abnegados compañeros de lucha, del doctor Moreno y mantuvieron al través de la vida, los vínculos de la amistad. Echandi, sobre todo, libró con él las mejores batallas en los campos de la cirugía, y conquistó triunfos brillantes, cuyo fulgor iluminó la vida de ambos. Muchos viajes a los pueblos hicieron juntos cuando tuvieron que abandonar sus hogares para responder al llamado de los que sufrían, y la lealtad llegó a su colmo cuando ambos emprendieron juntos el viaje a la eternidad en la noche que con justa razón llamaron muchos "Vispera de San Bartolomé."

En verdad, en aquella noche aciaga parecían haberse desatado las furias del infierno para adueñarse de la plácida y simpática, ciudad de San José. Parecía que un espíritu infernal hubiera encarnado en el cuerpo de Beltrán Cortés, para provocar la tragedia que había de envolver en sombras varios hogares.

Como la bestia apocalíptica, de que nos habla la biblia, aquella que vomitaba fuego, un hombre, se lanzó a la calle como un verdadero endemoniado y el veintitrés de agosto de mil novecientos treinta y ocho, en una sola noche puso fin a la preciosa vida del doctor Moreno, a la del doctor Echandi y la Mr. Maynar, un hijo adoptivo de Costa Rica, miembro muy estimable de la colonia Canadiense, que vino a plantar su tienda entre nosotros por considerar este país una verdadera Arcadia.

Uno de los discursos de más fondo pronunciado ese día por un amigo

sincero del doctor Moreno, el Jefe hoy de Vanguardia Popular y que vale la pena reproducir es el que a continuación voy a insertar en este ensayo de biografía, que si resulta deficiente no por falta de cariño, ni de profunda estimación, por lo que Ricardo Moreno hizo por la patria, sino porque las palabras son pobres vehículos del sentimiento y de la idea.

Ante una nutrida concurrencia y vivamente emocionado, el Diputado Mora, que debió haber tenido la sensación de aquella mano franca, cuando atravesaba el Salón del Congreso para venir a felicitarlo, por un brillante exposición, pronunció, con voz firme, con la firmeza de la convicción, las siguientes palabras: "Es muy probable que el pueblo de Costa Rica, esté pensando hoy, con mayor intensidad, que en cualquiera de los otros días del año, en la vida fuerte y orientadora del doctor Moreno Cañas.

El momento histórico está lleno de angustia para todos. Nos vienen amenazas de muerte y de miseria por todos los rumbos del horizonte. Sin embargo, el espíritu se reconforta al sumergirse en las claridades del gran valor humano que fué Moreno Cañas.

La tumba que se tragó al doctor Moreno en aquel agosto trágico, de mil novecientos treinta y ocho, se tragó también una de las más nobles y claras esperanzas del pueblo costarricense. Por eso es que el pueblo, empujado por su instinto certero, se ha apoderado de la memoria de Ricardo Moreno Cañas, para ciudarla como un tesoro. Así se explica que homenajes como el de esta mañana, salgan espontáneamente de la entraña misma de las masas, antes que de los salones elegantes o de los centros oficiales. Al pueblo pertenece ya, el doctor Moreno Cañas, y no exclusivamente al círculo de sus amigos o de sus parientes. Hay quienes piensan y con razón—que recordar a los muertos es tarea sádica, propia de las mentes enfermizas de la España de Felipe II, aquella España sombría, en la que se le daba más valor a la muerte que a la vida. Pero el homenaje que el pueblo de Costa Rica tributa a la memoria de Moreno Cañas, en el segundo aniversario de su desaparición, en nada puede parecerse a las fúnebres ceremonias que llevaban a cabo un pueblo hechizado por la idea de la muerte, tales como aquella del nieto de Carlos V., que baja a la cripta del escorial a abrir tumbas y a suspirar ante los cadáveres de sus antepasados, convertidos en polvo. Rendir homenaje a la acción del doctor Moreno Cañas, es algo que no tiene que ver con los huesos quietos en los sepulcros oscuros, sino con la luz del sol y con el movimiento de los hombres que respiran sobre la superficie de la tierra. Al recordar a Moreno Cañas, sentimos que no estamos rumiando ideas lúgubres sino que estamos dándole fortaleza al espíritu, que estamos dándole temple a nuestras armas de pelea, que estamos poniendo por encima del mármol frío, de una tumba, el aliento poderoso de una vida por entero dedicada al combate noble y desinteresado. Mirad con la conciencia y veréis cómo la sombra de Moreno Cañas, adquiere relieves de que carecen centenares de hombres relumbrantes de prestigio que se mueven a nuestro alrededor. La huella de sus actos tiene la fuerza de que carecen los gestos y la palabrería de muchos personajes que van por todos los senderos de nuestra política haciéndole cantos a una democracia que han traicionado y que están dispuestos a volver a traicionar en el momento mismo en que a ello los obligue su personal conveniencia. Nos ponemos a recordar a Moreno Cañas, y lo vemos frente a su pupitre de Diputado. Miradlo costarricenses! Hay angustia en su rostro demacrado por la enfermedad. Es una angustia que le sale del alma, porque Moreno Cañas es un hombre de alma noble y sensibilidad exquisita. Tiene que cumplir con un durísimo deber y eso es muy difícil en Costa Rica. El ambiente está cargado de sentiment-

lismo y cobardía y muchas fuerzas sociales quieren inducirlo a callar, pero no calla. Su conciencia le ordena decir en voz alta la verdad y la dice. Habla por Costa Rica y habla para Costa Rica. Cuántos son capaces de hacer lo mismo en este medio, corrompido por una sensiblería enfermiza y por toda clase de componendas? ¿Cuántos son capaces de desafiar las tempestades de nuestras murmuraciones aldeanas y de las excomuniones que suelen brotar a organizarse para hacerlo Presidente de la República. Desde luego lo que más le conviene es estar en buena armonía con el Gobierno, con el Gobierno Todo Poderoso, que sabe hacer fraudes en nombre de la democracia. Sin embargo su conciencia le manda que debe enfrentarse al Gobierno varonilmente. ¿Qué hace? ¿Vicilar? ¡No! ¡No vacila! Abandona su lecho de enfermo. Se hace sordo ante todas las voces que le hablan al oído de sus conveniencias personales y de su porvenir político. De nuevo lo vemos de pie frente a su pupitre de pelea, en una madrugada helada del mes de febrero, batiéndose con los conspicuos en el arte de la artimaña parlamentaria, empapando a ratos sus palabras en lágrimas que ruedan por sus mejillas, ante la emoción de quienes lo escuchábamos, como pedazos fulgurantes desgajados del cristal de su conciencia. ¿Y su salud? ¿Y su porvenir político? ¿Y el qué dirán? ¿Y los prejuicios contra los que de verdad defienden los intereses del pueblo? Todo le importó muy poco. Se decidió a destruirlo todo de un aletazo de civismo ¿Cuántos son capaces de imitar su ejemplo?

Vedlo también frente a la United Fruit Company empeñado en conseguir para los trabajadores, quinina, y suero contra las mordeduras de serpientes venenosas, y campamentos higiénicos y tratamiento humano. Vedlo frente al trust eléctrico defendiendo al patrimonio de las generaciones nuevas. Vedlo frente a la medicina política, frente al fraude en todas sus formas, frente al crimen social, frente a todo lo que es injusto y frente a todo lo que es falso en este medio donde las gentes gustan tan a menudo, de adornarse con oropel. Vedlo frente a toda esa podredumbre blandiendo su verbo de implacable, sencillo y desnudo de artificios literarios, con la misma decisión con que moviera su instrumental de cirugía en la sala de operaciones del hospital "San Juan de Dios". Este es el doctor Moreno Cañas, que nosotros envolvemos hoy en el fuego y en la luz de nuestro más sincero fervor. Este es el doctor Moreno, a quien nos empeñamos en levantar muy alto, para que las generaciones venideras tengan en él, un ejemplo permanente. Este no es el doctor Moreno Cañas, que reposa en una tumba del cementerio General. Este es un doctor Moreno Cañas que se convierte en fuerza vital dentro de las venas de un pueblo que se prepara para construir una verdadera patria, limpia de injusticias y de picardías.

Pensemos en nuestra Costa Rica y en su pueblo, agobiado de miserias y de fraudes. Pensemos en toda nuestra vida económica y social. En la necesidad de nuevos rumbos y de nuevos impulsos; en nuestra vida cultural, plegada de empirismo y de convencionalismo mentiroso; en nuestros políticos, dedicados a medrar a la sombra de una democracia en la que no creen, y a la que convierten sin escrúpulos en celestina de sus desafueros; en nuestra juventud ya mareada por todas esas lacras, a tal extremo que de nuestros jóvenes se puede decir con González Prada, que "no han abierto los ojos y ya parecen la reducción de un Magistrado, de un Alcalde Municipal, de un rentista, de un Senador, de un Canónigo, y hasta de un Obispo: infunden respeto y llevan aire de exigirnos el monseñor". Se trata de una juventud envejecida y a veces envilecida, condenada como decía el ilustre peruano a "resignarse gregariamente", a tener independencia en el pensamiento, a formar parte de un rebaño, a "comer y rumiarse la ración de pasto."

¿Cómo es posible contemplar ese escalofriante panorama? ¿Cómo contemplarlo sin traer a la memoria la vida de un hombre como Moreno Cañas, que supo sacrificarse por sus ideales de bien público en un momento en que hasta las juventudes de nuestro país, parecían resignadas a vivir comiendo y callando?

Y aquí tengo otra vez, ante mi conciencia, la voz de González Prada, descubriendo un panorama de la juventud peruana. Oigámoslo: "Se dice que los viejos caballos de tropa, al escuchar la llamada del clarín, con señales de querer partir para enrolarse en las filas. Nuestros jóvenes tienen su toque de clarín, no para lanzarse al campo de batalla, sino para obedecer el instinto de la casta y seguir el precepto de comer y callar. El "come y calla", se ha generalizado de tal manera, que merecería figurar en el exergo de la moneda.

Denuncia un estado del alma. ¿Qué hace el vocablo mientras un juez de primera instancia es desobedecido y burlado por una autoridad de policía? Come y calla. ¿Qué hace el parlamentario mientras sus compañeros sufren persecuciones, cárcel, expatriación y tiros de revólver", o mientras se consuman grandes crímenes contra el pueblo"? Come y calla. ¿Qué hace el militar mientras una cuadrilla de pretorianos, capitaneados por un aventurero de íntima ralea, se arroja sobre la nación para saquearla, oprimirla y envilecerla? Come y calla. ¿Qué hace el diarista mientras los esbirros del Gobierno clausuran periódicos, ahorrojan escritores y confiscan los libros de un ciudadano? Come y calla. ¿Que hace el pueblo mientras los funcionarios públicos y las instituciones nacionales (desde el Ministerio al portero y desde las Cámaras a los tribunales) dan ejemplo de abyección y cobardía? Todo, menos levantarse como un hombre. El asno, trabajador y sufrido, no indaga las psicologías del borriquero; pasta y enmudece; el pueblo, más desgraciado tal vez y más paciente que el burro, no averigua tampoco el valor intelectual y moral de sus arrieros: ayuna y calla."

¡Jóvenes de Costa Rica! ¡Compañeros de juventud! Allí está la memoria del doctor Moreno Cañas que os invita con el ejemplo de su vida a virar violentamente hacia un nuevo camino y hacia una nueva Costa Rica! ¡Hombres honrados que me escucháis, la vida de Ricardo Moreno Cañas os está hablando! ¡Moreno Cañas nunca supo comer y callar! ¡Moreno Cañas habló cuando fué necesario, peleó cuando fué necesario y murió sin una claudicación! ¡Honrad esa vida, no con frases literarias sino con vuestros hechos. ¡Pelead! ¡Pelead sin descanso! ¡No le tengáis miedo a la rutina! ¡Enfrentaos a ella y rompedla si así lo requieren los intereses de la Patria! ¡No le temáis al qué dirán, pasad por encima del qué dirán y cumplid con vuestro deber! ¡No hagáis del estómago ni de la tarea de llenarlo hasta la saciedad el eje de vuestra actividad. Poned la conciencia por encima del estómago y poned vuestros ideales por encima de vuestras conveniencias! ¡Pelead, camaradas de juventud. Pelead, porque es lo que necesita Costa Rica en este momento de confusión. Pelead contra el pasado absurdo, pelead contra el presente inoble, pelead por un porvenir plétórico de verdad!

Tened presente en vuestro ánimo la vida del doctor Moreno Cañas que no tuvo nunca por lema "comer y callar", de que nos habla González Prada el ilustre peruano.

El tercer aniversario se celebró con el mismo fervor del primero, con una diferencia que conviene anotar. El número de gentes del pueblo que desfilaron aumentó, mientras los de su clase fallaron hasta cierto punto. La guardia de honor de las siete de la mañana a las doce del día, se mantuvo como en los años anteriores, y era de notarse la seriedad con que algunos

jóvenes, muchachitos apenas de quince años, cumplían con el deber de concentrar sus pensamientos para orientar su vida y hacer votos de lealtad con los principios preconizados por el maestro de la crugía en Costa Rica.

Ofrendas florales fueron depositadas sobre su tumba por las facultades que el único hombre que en Costa Rica—sin soñarlo, porque su modestia le profesionales, las organizaciones obreras, culturales, y estudiantiles. A fe mía, impedía estos sueños—ha logrado reunir en un solo haz a todos los hombres de diferentes partidos políticos, clases sociales, religiones y nacionalidades, ha sido el doctor Moreno Cañas.

Como en años anteriores, la velada fúnebre tuvo lugar a las ocho de la noche. Esta vez se celebró en el Teatro Nacional. Después de un selecto programa de música clásica ejecutada magistralmente, se hizo saber al público que el Gobierno de la República, por medio del Presidente Calderón Guardia, ofrecía ayudar a terminar, la financiación total del monumento al doctor Moreno Cañas. ¿Cuándo veremos este monumento...?

En el tercer aniversario se esperaba que no llegara el cuarto, sin cumplir con aquella promesa hecha a raíz de la muerte del Doctor de perpetuar su memoria y aunque hemos sido leales porque todos lo recordamos, cierto es también que todavía no hemos visto la obra de arte, que lo presente a las generaciones venideras en toda su grandeza.

Del tercer aniversario hay que recordar las palabras de Mariano Solórzano porque le hacen justicia a nuestro pueblo tan injustamente criticado en muchas ocasiones, porque como él dice, es ahora que ya nada podemos esperar del doctor Moreno, en lo material, ahora que no hay esperanza de compensaciones y que la fatalidad se ha interpuesto entre El y nosotros, que nos unimos todos para hacer su apología, para ver como se destacó con relieves inconfundibles de verdadero apóstol, y para renovar nuestra promesa de defender los principios que tan caro tuvo que pagar.

Es necesario confesar que cada año que pasa crece y se agiganta la devoción de este pueblo por su gran hombre, y que el Doctor ha llegado a ser para todos, lo que para los reyes magos fue la estrella de oriente.

De uno de los editoriales publicados en el tercer aniversario es bueno tener presente el sentido universal de que habla el editor. Aunque el Doctor se especializó en medicina, jamás perdió de vista el interés general; ni el egoísmo de gremio endureció su corazón o estrechó su criterio hasta impedirle sentir y comprender la función social de la medicina. Ricardo Moreno no fué de esos sabios que se encierran en el laboratorio e ignoran todo lo que ocurre a su alrededor. El no podría concretarse a estudiar en paz, ignorando los gritos de dolor de una humanidad doliente.

Los estadistas y sociólogos imponen hoy, como regla de conveniencia y de justicia colectiva, el derecho del individuo a la salud y a la seguridad, cualquiera que sea su condición económica garantizada por el Estado.

La solidaridad humana será un mito mientras no hayan leyes que le garanticen a cada individuo la tranquilidad económica. Si Ricardo Moreno Cañas hubiera tenido la suerte de oír al doctor Calderón Guardia, leer el discurso en que se promulgaron las Garantías Sociales, no me cabe duda de que habría batido palmas, porque su actitud en la vida, fué siempre la de un socialista-cristiano.

Su cristianismo se manifestó, no sólo en su labor social, sino en la facilidad con que perdonaba todas las ofensas. Don Ricardo Jiménez Oreamuno, que suele ser cáustico en la expresión, lo hirió en lo más hondo de sus sentimientos políticos, cuando dijo, sin preámbulo de ninguna clase, que Ricardo no debía estar en el Congreso, sino donde hubieran huesos que



brados. Sin embargo, cuando lo llamó para que atendiera un paciente de su casa, acudió al llamamiento y le dió una buena lección a un hombre a quien, muy pocos en el mundo, han podido darle lecciones. Don Ricardo Jiménez Oreámuño, en muchas cosas semejante al hombre de cuya biografía me ocupo, públicamente ha confesado que el Doctor le mostró que no sólo existen lesiones en el cuerpo humano, sino que la República las tiene y necesita intervención patriótica de los ciudadanos para eliminarlas.

Al acercarse el cuarto aniversario de la muerte del Doctor, de nuevo las fuerzas de la nación gestaron, en el término de unas pocas semanas, los actos cívicos, que una vez más llamarán al costarricense a la meditación.

Cuando se acerca el veintitrés de agosto, el aire se llena de misticismo, como cuando se acerca la noche buena. Y así, como las pastoras oran los sestos en diciembre, las rosas englatinas, sencillas, como la manera de ser de Ricardo Moreno, despliegan su belleza sobre las cercas de la campiña.

Desde que se inicia el mes de agosto, bulle en el corazón de los amigos de Ricardo Moreno, el anhelo de hacer los preparativos del homenaje del veintitrés, como en el corazón de los patriotas, el de alistarse para celebrar con pompa un quince de setiembre. Y es que el veintitrés de agosto, llegará por fuerza, y mandato popular, a ser un día feriado en Costa Rica, para que todo el mundo pueda honrar la memoria de un auténtico valor costarricense.

El cuarto aniversario encontró a los centinelas, al despertar la aurora, velando los restos de quien supo acurrucarse en el corazón de sus hermanos, hacerles más liviana la carga y confortarlos.

Al llamamiento hecho por los amigos acudieron presurosos los colegas, los profesionales y el pueblo, que jamás ha faltado en sus homenajes.

Participó en el duelo el "Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales", que pretendía como él, la exaltación de la ciudadanía costarricense, sin apelar a los medios violentos para lograrlo, sino formando conciencia en cada uno de los hijos de este país. El Centro consideró que Ricardo Moreno, había dejado trunca una tarea, y que ellos estaban en la obligación de continuarla. Fieles a su promesa, hemos visto que algunos se han mantenido dentro de la norma de conducta, que una hora feliz, les señalara. Pero como la condición humana es como es, algunos han torcido el camino debido a la politiquería que ellos mismos, en un principio, atacaron, y han hecho la misma demagogía, que puso pavor en sus pupilas, cuando entraron al mundo del análisis sereno de las leyes sociales.

¡Cuán lejos han estado los jóvenes, que han querido provocar una revolución en Costa Rica, de seguir la senda que señaló el Doctor!

¿Y qué diría el hidalgo caballero, cuya exquisita cortesía fué una de sus características, si hubiera estado presente en el momento en que una juventud, ciega por la pasión, escupió la cara de una maestra? ¿Y qué de las pedradas que se le lanzaron por el pecado de creer a pie juntillas, en la necesidad de mantener y defender, con la vida, si era necesario, el Código de Trabajo, la Ley Agraria, el Seguro Social, y la Legislación en favor de los ocupantes de terrenos incultos, que de buena fe se arraigan en una finca remota?

La posición gallarda y consciente de que ellos hicieron gala al principio y la ambición, que tanto criticaron, se metió como la serpiente en el paraíso, y puso veneno en algunos de los que habíamos creído paladines de la democracia. Sin embargo, dicen que lo que tiene buen principio, tiene buen fin, y es posible que andando el tiempo, surja la visión ecuaníme de

quienes anhelan la justicia y todo sea paz y gloria en esta tierra donde ha de descansar "blanca y pura la paz."

Como en años anteriores, los deportistas, reconocedores de lo mucho que el Doctor se interesó por la cultura física, se unieron para decir "Doctor Moreno Cañas, cuando pasamos lista "Presentes!"

Presentes estuvieron todos los cuerpos deportistas, como estuvieron las enfermeras y las asociaciones que luchan por el bienestar físico y moral de las sociedades.

En esta ocasión, oí, profundamente conmovida, las palabras de un viejo amigo mío a quien me ligan añoranzas de una época juvenil, el doctor Carlos Luis Valverde, discípulo predilecto de mi mejor amigo el doctor Moreno.

Dijo Carlos Luis "El prestigio científico y profesional del Doctor, traspasó nuestras fronteras. En las salas de la fama su nombre, experiencia, capacidad y técnica, llenaron los centros universitarios y científicos del mundo". Estas palabras deben saberlas todos los niños de Costa Rica, para que se den cuenta de que no sólo con la espada se conquista la gloria, porque es cierto, como dice Carlos Luis Valverde, que en las corporaciones científicas de toda América se ungió a Moreno, como la primera autoridad en materia quirúrgica. El doctor Valverde, a quien el Colegio de Médicos y Cirujanos, acreditó como Jefe de la Delegación costarricense al Primer Congreso Interamericano, que se reunió en Chile, conoció a fondo la obra del doctor Moreno, aprendió mucho de él, pero cuando se le instó a que ocupara el puesto de su maestro, contestó que nadie podría reemplazar al Doctor como cirujano, como político, y como hombre.

Acertó, mi amigo en esta afirmación, porque todavía estamos esperando el hombre, que en el vasto sentido de la palabra, reúna todas las capacidades que resplandecieron en la vida del político más honrado que ha contemplado la historia de Costa Rica.

A los cuatro años de muerto el doctor Moreno, de conformidad con las disposiciones de la Ley General de Educación Común, y del decreto N° 41 del diecisiete de noviembre, se acordó poner el nombre de Ricardo Moreno Cañas a la Escuela de Zaragoza de Palmares, de la provincia de Alajuela.

A las diez horas, el señor Presidente de la República, y los Secretarios de Estado, en los Despachos de Educación Pública y Fomento, recibieron a doña Graciela viuda de Moreno Cañas y demás miembros de la familia del Doctor. Fué al Licenciado don Luis Demetrio Tinoco Castro, para quien siempre, guardará gratitud el Personal Docente de Costa Rica a quien le tocó firmar el decreto de la nominación de esta escuela.

Bien hizo el destino en señalar la mano de don Luis Demetrio para tal acto, por ser la suya, la misma que firmó tantos acuerdos en beneficio de los maestros, por haber permanecido hasta este momento, limpia de toda culpabilidad, por ser genrosa y buena y unir a su noble estirpe, el gesto y solícito, característico del hombre, que en Palmares honró la ciudadanía de aquella localidad.

Pasaron los meses y volvió agosto, con su cortejo de recuerdos y alegrías, de esperanzas fallidas y de triunfos realizados y por quinta vez, los hombres, volvieron a pensar en Moreno, hicieron examen de conciencia, se labaron las manos y el rostro, y en actitud beatífica, volvieron a unirse después de rezar el Yó Pecador.

Las campanas llamaron de nueva a la meditación, y otra vez se unieron los buenos y malos y por un momento todos fueron buenos. El Comité Pro-De Gaullé, el Frente Nacional Anti-nazi, Acción Republicana Española, el Batallón de la Libertad, el Batallón de la V., el Comité Libanés Pro Degaul,

el Frente Juvenil Demócrata, el Comité Polonés, la Juventud China, Acción Demócrata, la Mesa Redonda Panamericana, la Asociación Costarricense de las Escuelas Internacionales, el Comité de los Franceses Libres, el Comité Nacional Sindical de Enlace, el Comité Pro-Refugiados, la Compañía de Bomberos y Voluntarios, Austria Libre Democrática, el Frente Nacional Anti-Nazi del Magisterio, la Brigada Internacional e Italia Libre, participaron en el acto cívico, que en homenaje a la memoria del inclito ciudadano, se celebró el lunes veintitrés de agosto a las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana, en el quinto aniversario de su muerte. Las asociaciones enumeradas, como es fácil ver, representan todas un afán de mejoramiento, de justicia y de libertad, que aspiran a crear un nuevo mundo y una humanidad más feliz donde la ola optimista que se difundió en mil novecientos catorce, no muera en el corazón de una lucha entre los fuertes y los débiles, como sucedió con aquella que nació con el Tratado de Versalles y tenía, en su propio seno, el germen de la destrucción. Ojalá que todas estas asociaciones, que rindieron y rinden pleitesía a la memoria de Ricardo, logren que el centro de gravedad del poder sea América, donde por ley sociológica tendrá que plantar su tienda la verdadera democracia. América, según el francés M. André Siegfried llega a la mayoría de edad, y aunque Menckey y John Dewey han hecho críticas severas sobre nuestra falta de cultura, hasta el punto de decir, que somos incapaces de producir ideas, América, será la cuna de una nueva humanidad. Adolecemos de muchos defectos, y no hemos dado al mundo todavía una cultura ni parecida a la de Europa o de Asia, pero se puede hacer, según la afirmación del doctor Watson, lo que se quiera, con cualquier grupo social, con tal de que se le haga objeto de los estímulos adecuados en el momento propicio. Se podría decir que hay un material humano hipotéticamente superior, pero lo cierto es, que debido a la guerra, en que se juega el porvenir de la humanidad, ese elemento superior, gracias a la maldad de Franco y de Hitler y de sus camarillas, ha venido a formar parte de la clase directriz de América y alguna vez se llegarán a la homogeneidad racial y cultural, que hoy falta en el Continente. Todavía se creó que los griegos de la época clásica, fueron el resultado de fusión racial. Este es un precedente alentador que podemos acariciar para afianzarnos en la idea de que nuestra tierra, si nosotros lo queremos, si depuramos nuestra política y cultivamos el espíritu, puede producir la mejor cultura que haya conocido este planeta. La dificultad estriba en que las fuerzas destructoras del totalitarismo, puedan ser vencidas y las raíces del imperialismo arrancadas de un solo tajo.

Al cabo de un lustro, lejos de haber decrecido la admiración por el Doctor, las corrientes de liberalismo que la guerra trajo, aumentaron la fe que su verbo otrora inspirara. Mayor que en otros años fué la concurrencia que participó en las honras fúnebres, y hasta se dió licencia a los empleados públicos para que asistieran al homenaje del Doctor, pudiendo todos abandonar su trabajo a las diez de la mañana para volver a él a la una y media de la tarde. Mientras caminábamos lentamente y recordaba el día en que los fuimos a dejar al Campo Santo, oía el verso de Félix Angel Salas ahora postrado en un lecho de dolor desde hace un año.

“Como la de Cristo su vida fué breve,  
Como la de Cristo su vida fué santa,  
Como la del mártir, su carne fué herida,  
Por el golpe alevoso de la insania.”

¡Quién me hubiera dicho que este poeta iba a correr una suerte semejante a la del Doctor a quien él quiso tanto, y que también, como la de Cristo su carne iba a ser herida y que el golpe inexorable del destino iba a dañar aquella columna vertebral de un hombre, maestro y poeta, que se mantuvo siempre erecto, y que al asumir hoy, una posición horizontal, mantiene el espíritu de pie, a pesar de que lo consume una enfermedad. ¡Ah! Tal vez si el doctor Moreno no hubiera muerto, el poeta delicado, podría volver a cantar. ¡Qué falta tan grande nos hacen aquellas manos que podían realizar milagros! También el poeta pasaba por la vida con la frente limpia, como pasaba el Doctor y jamás su gran carácter torció el camino. Ambos abrazaron la misma bandera y estuvieron siempre alerta como el centinela en el atalaya de la patria!

Ricardo Moreno Cañas no le perteneció, ni le pertenece, ni le pertenecá a su familia, sino a América, porque sería muy poco decir que es un valor costarricense. Todos los países del continente y muy especialmente los de la América Central, lo conocieron bien, y en Costa Rica, en todos los rincones del país en donde había un poeta o un artista, su nombre fué loado en verso y su rostro trasladado al lienzo. Así como Félix Angel Salas, desde San Ramón, en la provincia de Alajuela, evocó el recuerdo del maestro de la cirugía, en el Guanacaste Ramírez Saizar en su poema al médico dice:

“Tuviste el cáliz de oro, en que el dolor se escancia;  
Y al igual que el maestro, entre las turbas rudas  
Doctor Moreno Cañas, también tuviste un Judas.

¡Quién sabe si no sería entre los que llevan guantes, donde se tramó el crimen en vez de ser entre las turbas rudas, y quién sabe si no sería más de uno, el que participó en el nefasto plan que se concibió en la sombra para extinguir aquella estrella de primera magnitud...!

En el quinto aniversario dijo Fernando Valverde, que el vacío de la ausencia crecía con los días, y es cierto, porque la patria, carente de verdaderos valores, ha vuelto los ojos hacia el Doctor apelando a su recuerdo, en esta época de crisis en que nos asimos a su nombre, como a una salvavidas en el naufragio de los principios morales. Fernando Valverde, tuvo mucha razón al decir, que el Doctor se adelantó a su época, y es por eso que siempre su evocación es necesaria para resolver los problemas del momento.

Profundas fueron las reflexiones que en el quinto aniversario hiciera, ante la juventud de Heredia, don Otilio Ulate, y ahora que se acerca el sexto aniversario, y que los comentarios, hilvanados en torno de una vida luminosa, tocan a su fin, quiero recordarle a las mujeres de mi patria, que como dijo don Otilio Ulate “Si María no hubiera sacado a su hijo de Belén, en el evangélico pollino, para ir a Egipto, el cristianismo no hubiera alumbrado el mundo.”

Las mujeres de Costa Rica, tenemos obligación de construir el edificio de una verdadera democracia, difundiendo la cultura por todos los ámbitos del país, extirpando el totalitarismo que ha socavado las bases de las instituciones liberales, luchando contra la mortalidad infantil, propagando los principios de la Dietética, y haciéndole sentir a la sociedad, que la democracia sin contenido económico, es una cosa hueca, totalmente carente de sentido.

Si la influencia de las mujeres, en otras épocas ha sido decisiva, ahora, que en Inglaterra, en Rusia, en la España de García Lorca, en los Estados

Unidos y en China, las mujeres han apoyado a los hombres en todos los terrenos, su influencia ya no se discute.

El momento histórico que vivimos, es difícil y ha creado un confu-sionismo, que no le permite a las gentes, apegadas a fórmulas viejas, razonar serenamente. Lo mismo ocurrió en España, y muchos, de buena fe, acuer-paron al General Franco, únicamente porque creían que había que estar contra el Gobierno. Hay que saber cuando es verdaderamente un honor pertenecer a la oposición.

El mensaje de don Otilio Ulate para las mujeres de Costa Rica, no cayó en el vacío, abrió muchos surcos en el alma femenina, y muchas serán las jóvenes de la generación presente que guarden, como los caballeros del Santo Gral., el recuerdo de un hombre que no ha muerto, aunque sus cenizas reposen junto a la sombra benévola de don Juanito Mora.

Cuando Víctor Quesada, el ángel guardián de las obras de Ricardo Moreno Cañas, cuando Hortensia Calleja de Quesada, que lo evoca todos los días para sacar de su recuerdo, fuerza para enfrentarse a la adversidad, logrando domi-naría como Eolo a los vientos, y cuando el Comité Pro-Moreno Cañas desa-parezca, la nueva generación debe recoger de sus manos la antorcha vigi-lante y proseguir el camino para que jamás se olvide al hombre que encarnó la suprema aspiración del pueblo costarricense.

*¿Quién mató al doctor Moreno Cañas?*

*¿Quién, tan villanamente, buscó el tipo neurótico que sirviera de instrumento capaz de cobrarle su altivez?*

*¿Quién fué el menguado que sólo así pudo satisfacer su ancestral sadismo?*

*¿Por qué dijo un poeta el veintitrés de agosto de mil novecientos cuarenta y uno, que más saño del destino, fué el plomo pegado al que cegó para siempre la luminosa vida del Doctor?*

*¿Por qué se declaró en secreto el sumario?*

*¿Por qué no tomó la declaración del reo un Juez Penal?*

*¿Por qué no nos conformamos con que siga este crimen envuelto en el misterio?*

*Todo costarricense honrado espera que este crimen se aclare, porque el tribunal de la conciencia cívica todavía no ha pronunciado el veredicto.*

